Fernando

BÁEZ

APROXIMACIONES A LA OBRA LITERARIA DE ALBERTO JIMÉNEZ URE

(Compilación de Críticas y Entrevistas)



1991

Fernando Báez - Wikipedia, la enciclopedia libre
es.**wikipedia**.org/**wiki**/**Fernando_Báez**
www.baezfernando.com



PRESENTACIÓN

«[…] *URE, además de ser ese preocupado intelectual, el temido polemista, es también el creador de una mitología curiosísima que, entre la propuesta por un BORGES o CIORAN, tiende a asustar a los espíritus débiles, a los terroristas de tertulia y a cuantos estólidos pululan en nuestros ambientes literarios* […]»

Por *Fernando BÁEZ*

Quisiera comenzar haciendo una aclaración. Una aclaración necesaria que explica el nacimiento de este volumen y que se resume en una frase: este libro, apartando su condición visionaria es, en realidad, un acérrimo testimonio de admiración. No creo que sea para menos. La obra de Alberto JIMÉNEZ URE resulta, para muchos de los que conformamos las más recientes generaciones, un fenómeno extraordinario e ineludible en nuestras letras. A la repetida preponderancia de imitación

técnica, aislamiento generacional y frivolidad, él supo oponer el rigor, la búsqueda original y el diálogo. Y por ello, junto a la de Francisco RIVERA, José Manuel BRICEÑO GUERRERO y Juan CALZADILLA, su escritura constituye para nosotros un hito digno de estudio, una sólida base responsable, presta a la formación de fructíferas tendencias.

URE, además de ser ese preocupado intelectual, el temido polemista, es también el creador de una mitología curiosísima que, entre la propuesta por un BORGES o CIORAN, tiende a asustar a los espíritus débiles, a los *terroristas de tertulia* y a cuantos estólidos pululan en nuestros ambientes literarios con el mote de «talleristas»; asimismo, es un infatigable lector de Boris VIAN, BERKELEY, SHOCPENHAUER, PASCAL, RANGEL, DOSTOIEVSKY, CAMUS, Hernando TRACK, etc.

Ahora bien. No basta con el simple conocimiento de los rasgos mencionados. Hay que comprender el fondo de los mismos.

Comprender para comprendernos. Y un buen modo de hacerlo sería partiendo de dos premisas:

1) La vida, en su cotidiana manifestación, debe entenderse como un estado accidental que permite anárquicamente el desarrollo del pensamiento.
2) La conjetura es la última explicación posible. En tal sentido, dado el caso que nos ocupa, lo primordial es el planteamiento de las dudas capaces de esclarecer las causas de nuestras perplejidades ante las páginas de URE.
Se trata de *aproximarnos* para igualmente definirnos dejando a un lado la tanta vida desperdiciada en el *exceso de análisis totales.* Dichas dudas vendrían a ser, entre otras: cuál es la mitología que lo distingue; cómo aparecen en su prosa y verso esos autores que ha leído ampliamente; cómo ha podido sobrevivir un *autodidacta y doctrinario de la derecha* como lo es él en un país absorbido por *grupúsculos leninistas*, una nación en donde el ejercicio de la sinceridad sólo se puede realizar a medias; por qué propugna un acercamiento entre la *Filosofía* y *Literatura* cuando todos se orientan hacia lo contrario. Todas estas, importantes preguntas, tienen respuestas en esta breve compilación de juicios que, por causa declarada, he hecho. Aquí presento los comentarios o preguntas de

muníficos escritores como Juan LISCANO, José Antonio YÉPES AZPARREN, Juan CALZADILLA ARREAZA, DE SOLA, Amparo PASTOR Y COS, José Napoleón OROPEZA, Juan Antonio VASCO, Federico RUIZ TIRADO, PÉREZ CLAVIER, José SANT ROZ, Miguel SZINETAR. Y cada uno de ellos, preocupado por dilucidar las cuestiones esenciales ya planteadas, no se ha conformado con esto, sino que se ha explayado hasta destacar otros aspectos no menos interesantes. Me refiero, verbigracia, al cuidado estilístico de JIMÉNEZ URE, su introducción de un vocabulario filosófico preciso en la Narrativa, Ensayo y Poesía (emparentada con la *nietzscheana* por AZPARREN, y con la peculiaridad de la *blakeana* por mí), a su tratamiento (sin precedentes parecidos) del *erotismo,* a la presencia del absurdo como móvil de conversaciones y conductas, a su pesimismo (aboga constantemente por la «extinción», no «aniquilamiento», del Hombre, considerando la progresiva degradación de éste), y, asunto muy relevante, a su inclusión dentro del género infinito de la *Literatura Fantástica* (1) Sobre ella ha dejado incluso una bibliografía digna de ser

revisada por aquellos que hoy aumentan su fervor por esa rama cercana al Universo (2)

Es evidente, y concluyo así ésta pequeña presentación, que para algunos de los seguidores atentos a su trayectoria no resultará ninguna sorpresa este libro. Acaso les permitirá ampliar su visión sobre el conjunto. Pero para quienes le desconocen podría resultar un motivo de estímulo (reflexión) y una posible manera de aproximarse siguiera lúbricamente a una de las más complejas, lúcidas y desprejuiciadas obras que integran la nueva y rigurosa *Literatura Venezolana.* De ocurrir esto, mi segundo y final propósito quedaría plenamente justificado.

Advierto, en plan de posdata, el carácter inconcluso de cuanto sigue. No he tenido reparos en dejarlo así, pues pienso, como tantas veces lo hiciera BORGES, que «[…] *la obra definitiva pertenece a la religión o al cansancio* […]»

NOTAS.-

(1) Aunque vale mostrar esta excepción, el crítico Juan CALZADILLA ARREAZA lo ubica dentro de lo denominado por él «Filosofía-Ficción»

(2) Cfr. *El Relato Fantástico.* «Suplemento Cultural» del diario *Últimas Noticias,* Caracas. Número 571.

(Mérida, Venezuela, 18 de Julio de 1990)

-I-
ACERTIJOS Y JIMÉNEZ URE

(Edición de la *Universidad de Los Andes*, «Consejo de Publicaciones», Mérida, Venezuela, 1979)

«[…] *Hay escritores que tienden, desde jóvenes, a la madurez. JIMÉNEZ URE es uno de ellos. En una hermosa carta, me decía:* «[…] *Nunca he dado mayor importancia a cosa alguna más que a la escritura, razón por la cual he envejecido prematuramente. Soy un hombre triste, sin gusto por las diversiones ordinarias, sin pasión por lo mundano y me siento viejo* […]»

Por *Juan LISCANO*

He señalado algunas veces los aspectos contrarios que tiene el trabajo literario de grupo, capilla, taller y es, principalmente, la de producir valoraciones de adoración y negación obligatorias; y un lenguaje comunal lleno de modos, maneras y adjetivaciones fijadas de

antemano. Los mismos surrealistas no escaparon de ello.

La producción literaria venezolana de las últimas tres décadas, con haber revelado creadores dignos de respeto, padeció y padece aún en los que pudiéramos llamar «los acólitos de última hora», de esas debilidades. Por eso tiene particular importancia, en ese período, la producción de escritores marginados ceñidos a una búsqueda solitaria, fuera de los grupos, tales Ramón Bravo, Renato RODRÍGUEZ, Ramón QUERALES, Eugenio MONTEJO, Alfredo SILVA ESTRADA, Oswaldo TREJO. Se puede haber pertenecido inicialmente a algún grupo, pero lo interesante es la evolución seguida después, la lenta liberación de los acuerdos comunales, el encuentro con la personalidad propia.

A este respecto viene al caso recordar lo que PAVESE escribió, a los 30 años: «[…] *Se deja de ser joven cuando se distingue entre si y los otros, es decir, cuando ya no se necesita de compañía* […] *La madurez es el aislamiento que se basta a si mismo* […]»

Hay escritores que tienden, desde jóvenes, a la madurez. JIMÉNEZ URE es uno de ellos. En

una hermosa carta, me decía: «[…] Nunca he dado mayor importancia a cosa alguna más que a la escritura, razón por la cual he envejecido prematuramente. Soy un hombre triste, sin gusto por las diversiones ordinarias, sin pasión por lo mundano y me siento viejo […]»

Lo cierto es que la obra de JIMÉNEZ URE no sólo escapa por completo de los patrones narrativos establecidos en el país, como lo expresó Juan CALZADILLA en un certero juicio sobre *Acertijos*, sino que aborda, desde una perspectiva fantástica, planteamientos filosóficos, existenciales, ontológicos, creando lo que el ya nombrado CALZADILLA califica de «ficción conceptual».

Esas ficciones constituyen, a veces, diálogos mediante los cuales JIMÉNEZ URE desarrolla, a la manera platónica, una argumentación especulativa, pero el procedimiento suyo más habitual es la elaboración de una suerte de relato en el que lo verosímil y lo fantástico parecen perseguir una *otredad,* una situación metafórica: es decir, puesta más allá, en el «Umbral de otro Mundo», como titula a una de sus mejores invenciones en su primer libro *Acarigua, escenario de espectros*, el cual recibí sin

saber nada de su autor y me sorprendió porque se alejaba de lo habitual en narrativa nacional: lo *hiperrealista* o lo *lírico,* lo *historicista* o lo *textual*.

El ambiente espectral en el cual se desarrollaban las situaciones narradas creaba una suerte de *horror patético,* de espanto ideal. La muerte era el denominador común de aquellos escritos, como un dibujo hecho de un trazo, sin levantar la pluma. La toponimia no debe engañar. Ninguna de las acciones interiores y exteriores traducían el clima venezolano. Además, lo exterior constituía apenas el fondo de un suceso ontológico de develamiento de apariencias de la muerte, de su irrupción o lenta posesión.

JIMÉNEZ URE, como él mismo lo ha dicho, se ha instalado en una literatura fantástica alimentada por el pensar filosófico y por una búsqueda, por una parte, en el orden formal y, por otra, en el orden conceptual de una penetración en lo que es el ser: hecho de tiempo, de muerte, de subjetividad, de desesperación, de rebeldía y de alienación.

En paisajes sin vida como los de las obras de BECKETT y KAFKA, antros para una operación

de metamorfosis, de desdoblamientos, de encuentros espectrales, crimen o de *develamientos,* sus personajes virtuales dialogan, se niegan, se afirman, se entrematan, viajan en el tiempo, se desdoblan, se confunden, se confiesan, en relatos tendientes todos a forzar la realidad hacia una proyección metafísica sin rumbo cierto, hacia huecos por donde emerger hacia otro mundo de horror sagrado de videncia, de integración o de disolución.

Estos *acertijos,* construido por «acontecimientos diarios», como explica uno de sus personajes, el interlocutor del *Arlequín* que viajó a los infiernos y regresó de ellos, pretenden descomponer el tiempo lineal, encarar a los protagonistas con la irrupción o advenimiento de la muerte, para ofrecer en el estallido de conciencia producido por el exceso, por la rareza, por lo insólito, una suerte de dilucidación al problema de ser y del ser. Alcanza, como en el relato titulado *El refugio*, uno de los más logrados de *Acertijos,* a confirmar el estado de plenitud que significa el anacronismo, cuando se percibe el pasado, el presente, el futuro, en una perspectiva única, totalizadora: «[…] *Hija –dijo en voz baja- debes*

volver a tu tiempo. No es el momento para que te hagas luz. Es cierto que muchas cosas has aprendido, pero no tienes suficiente madurez. No existen el pasado, presente y futuro en sucesión. Hacerse luz es estar en todas partes en un mismo momento. Cuando lo aprendas, darás vida al igual que esta luz que hace visible nuestros cuerpos que nos mantienen vivos […]».

Rica en planteamientos especulativos como éste es su obra. Merece un estudio muy detenido. Nada es gratuito en lo que escribe. No se complace en el despliegue textual, sino en la traducción de su filosofar a las situaciones de ficción imaginadas. Es el peligro que corre, pero cuando acierta en esa inteligente condensación literaria, inaugura un estilo propio en el campo muy limitado de la *Literatura Fantástica Venezolana,* reducida a contadísimos cultores: un Ramos Sucre, un Julio GARMENDIA a medias, puesto que parte de su obra nada tiene que ver con *Tienda de muñecos*, a escarceos de Salvador GARMENDIA y PÉREZ PERDOMO, a experimentos más literarios que filosóficos de Ednodio QUINTERO. JIMÉNEZ URE, en cambio, hace de la escritura fantástica una razón de ser, y persigue a través de la realidad,

de la cotidianidad, del hecho existencial, del absurdo, la ejecución de un mundo próximo a la Cuarta Dimensión, o bien instalado en ella, instalado en la especulación de la *Antimateria,* de la *Divinidad* y de lo *Sagrado* informulables en su esencia. Por eso *Diálogo con Dios* oscila entre lo maravilloso y lo vulgar, la transmutación y la naturalidad hasta concluir en la metáfora del diamante traspasador. Mediante sus funciones *fantásticas, surreales, patafísicas* por momentos y cargadas de humor negro, feroces, *cropofágicas, antropofágicas, metafísicas* también, le da un sentido a su vida y pensamiento en la doble vertiente de la creación literaria de la creación *ontológica.*

El esfuerzo por crear una escritura extremadamente precisa y condensada, que no conceda nada al regusto textual, sino que constituya el esqueleto verbal de una formulación conceptual, lo lleva a veces a incurrir en errores de construcción, en mal uso de preposiciones y en anfibologías innecesarias. Pero constituye el precio de su tentativa tan personal y fundada en una pasión de creación y de existencia espiritual, de autenticidad y de

ascetismo, poco usuales en nuestro país y en nuestras letras.

(En la *Revista Dominical,* Manizales, Colombia, el 29-07-1979/También en el diario *El Nacional,* Caracas, el 29-07-1979)

-II-

INQUISICIÓN A ALBERTO JIMÉNEZ URE

«[…] *La mayoría de los intelectuales latinoamericanos ha hecho fama con falsas posiciones marxistas. Cuando alguien se declara contrario o irreverente ante el Marxismo, el citado espécimen de revolucionario lo condena a muerte. Lamento que dominen tantos sectores culturales en Venezuela y el resto de la América Latina* […]»

Por *Federico RUIZ TIRADO*

F. R.- Una aproximación al problema de la *Cultura,* asumiéndola como un rasgo social totalizador de la acción del Hombre, implica que abordemos a la sociedad en toda su dimensión. Pero partamos, Alberto, de un hecho particularmente curioso: se habla, con frecuencia, de la existencia de una «Cultura Nacional». Desde los más solapados

nacionalismos, hasta cierta conducta de izquierda, han puesto de manifiesto cierto interés en exaltar ese desarrollo. ¿Cuál crees que es el indicador más notable (enriquecedor) del *Desarrollo Nacional de la Cultura?*

A. J. U.- Suelo recordar, Federico, una definición que respeto a la Cultura expuso hace varios años J. M. BRICEÑO GUERRO. Sucedió durante una conferencia, si mal no preciso. El citado profesor y filósofo dijo que «[…] *la Cultura es todo aquello que no puede explicarse sin la presencia del Hombre* […]». Ahora bien: bajo el rigor de semejante postura, hay una *Cultura Nacional.* Porque existen formas de comportamientos, admirables o no, que hacen al venezolano: muchas de las cuales, sin duda, son factor común en los latinoamericanos. El venezolano ordinario, con frecuencia, traiciona. Es una conducta deplorable, pero constante. Tenemos ejemplos en nuestro ámbito literario que representan (*representaron*) grupos que alguna vez tuvieron coraje. Pero, todos se han traicionado: *y lo han hecho contra la soñada patria para seres ecuos.* Fueron (*son*) aprendices de revolucionarios y ahora, después del auge de los *petrobolívares,* están vencidos. Existe, sin

embargo, una cultura nacional más joven cuyo destino no será, tengo la certeza*, la derrota.* Por una razón, entre varias, de gran peso: *las nuevas generaciones aman, crecen y luchan por la escritura.*

F. R.- Me parece (y he venido insistiendo en eso en otras oportunidades) que la existencia de esa nueva generación encarna, en cierto modo, una nueva generación de eso que llamábamos «El Desarrollo Nacional de la Cultura». Porque parece evidente que, en el plano de la creación, particularmente en el de la *Escritura,* se siente el esfuerzo por no heredar frustraciones de otras épocas ni similares experiencias negativas en ese sentido. ¿No crees que esa situación –así descrita- implique un determinado compromiso? –Quiero decir: ¿por qué al intelectual, indistintamente de las épocas y de las condiciones, se le «exigen» posturas ante la vida? ¿Qué es, en todo caso, un intelectual para que se le estén exigiendo cosas?

A. J. U.- Pienso que el único compromiso que debe tener un escritor es el que le exige su obra, y, sólo después de ello, sus lectores.

F. R.- Pero, fíjate en esta particularidad: la mayoría de los intelectuales venezolanos se declara comprometida. Unos desde el campo de

la *Creación Artística,* otros a partir del *Activismo Político* […]

A. J. U.- Los compromisos de carácter político no son necesarios ni convenientes para un hacedor porque –y es ley- terminan por envilecerlo (salvo excepciones, claro). Cuando un escritor busca comprometerse políticamente lo hace sin el más mínimo sentimiento de probidad: persigue becas, premios o remuneraciones extras. En síntesis, la vida fácil. La *Política* conduce a la vida hipócrita, cómoda y mezquina. Causa por la que abundan los partidos y candidatos a la *Presidencia de la República,* los mítines y hombres gregarios. En mi opinión, el intelectual se compromete cuando no tiene talento y por cobardía. Nadie obliga a ninguno a la sumisión, adoctrinamiento, et. *La Libertad es un precepto y condición superior al miedo,* ¿no te parece?

F. R.- Claro, Alberto. Pero, debo aclararte que el compromiso al cual me refiero no implica –a mi juicio- una pérdida de la *Libertad.* Entiendo que no basta decir «yo estoy comprometido» para estarlo. Se necesita que asumas esa posición con verdadera bondad y que hagas efectiva *la idea de transformar la sociedad*. No creo que este

compromiso sea «un acto de cobardía». Lo que ocurre es que la mayoría de la intelectualidad venezolana (sobre todo la de «izquierda») se ampara en ciertas posturas, aparentemente «comprometidas», para traficar y rendirle culto a una forma de ser demasiado dogmática. Es decir: hipotecan su libertad de pensar críticamente y no comulgan con cierta libertad interior.

A. J. U.- Escúchame, Federico: *la Libertad es, funcionalmente, sólo en el pensamiento.* Profeso un mundo perfecto que va contra ello: y que no es distinto al más puro *Anarquismo* según el cual nadie es superior o inferior a otro ni requiere ser gobernado. Esa «utopía» no es *nihilista* sino fenomenología de una existencia inmanente al deseo de Dios. Por tal causa he tenido roces con los llamados revolucionarios, aquellos que combaten (como los buenos cobardes) desde la ebriedad. El licor ha convertido en imbéciles a muchos cerebros que alguna vez vislumbraron talento y en revolucionario a cada vencido: ¿te das cuenta? Por mi parte, respeto al verdadero revolucionario sin admirarlo.

F. R.- Me parece que no exageras: es cierto. Esos intelectuales que se dicen «revolucionarios» no

producen cosas nuevas. El culto a la borrachera mitificada los ha convertido en seres incoherentes. A veces rebasan *los límites de la estupidez* […]

A. J. U.- No miento. A diario se pasean por las calles con un libro de Marx bajo el brazo y, cada noche, sentencian a muerte a cualquiera que los desenmascare. Se erigen en defensores de los *Derechos Humanos* y firman documentos públicos exigiéndolos. Son ellos, Federico, los auténticos vencidos (vendidos) y culpables de tanta confusión […]

F. R.- Alberto: Juan LISCANO y Ludovico SILVA, sin dudas dos intelectuales antagónicos en pensamiento, han emprendido, recientemente, una polémica sobre lo que tratamos. Ambos difieren en cuanto al papel que debería estar jugando Octavio PAZ. El poeta LISCANO lo elogia porque él representaría «[…] *la acción de la Inteligencia libre y crítica* […]» mientras que SILVA le exige que construya nuevas categorías marxistas ante la debacle que sufre la mayoría de los partidos comunistas. ¿Qué opinión te merece esa discrepancia?

A. J. U.- Leí, con avidez, la disputa. En tal sentido, edifiqué una conclusión: LISCANO no se equivoca. Es cierto que la mayoría de los intelectuales latinoamericanos ha hecho fama con falsas posiciones marxistas. Cuando alguien se declara contrario o irreverente ante el *Marxismo,* el citado espécimen de revolucionario lo condena a muerte. Lamento que dominen tantos sectores culturales en Venezuela y el resto de la *América Latina.* Son una plaga o -mejor infiero- parásitos. Chupan el seno que les tiende un sistema que afirman repudiar pero al que, no obstante, nunca dejarían de rendir tributo con sus actos. Están en cualquier parte como funcionarios mediocres de la *Cultura Nacional.* Elogian a Fidel CASTRO RUZ cuando escriben, pero no es, acaso, ¿igual a ejecutar una vieja melodía? ¿Gastada, de poca calidad y fastidiosa al oído? ¿Qué certeza pueden tener esos aduladores que sea la ceguera, oscuridad absoluta? ¿Cuál misión histórica pudieron haber cumplido, o cumplen, los viejos grupos literarios hoy renombrados? Juan LISCANO nunca ha estado equivocado, repito. Al contrario, posee una especial vocación para desenmascarar a

nuestros intelectuales con argumentos irrefutables. Escribe contra lo que juzga pueril, falso, y lo hace inteligentemente. Por ello, en estos tiempos, su imagen ha adquirido fuerza entre algunos jóvenes escritores. Ante los que no hemos heredado la *frustración revolucionaria* de los viejos grupos: la pasión por la *Escritura* nos lleva mucho más allá de la podredumbre política, hacia un confín no imaginado. Los marxistas son unos enfermos y hay que curarlos. Una forma de hacerlo no es, a mi parecer, extendiéndoles bultos llenos de *petrobolívares.* Hay que exigirles, pienso, una obra menos necia y fácil. No debemos, concluyo, permitirles tanta malgastada ociosidad.

F. R.- Déjame decirte algo sobre este punto. LISCANO es un hombre que, es cierto, posee una extraña capacidad crítica a la hora de enjuiciar a esa *intelectualidad mediocre* que no ve más allá de sí misma. Cuestiona los condicionamientos pero es –y tú lo sabes- un intelectual comprometido también. Lo que ocurre, Alberto, es que nos estamos acostumbrando a la *docilidad de nuestra intelectualidad*. Aquí nadie discute seriamente

[…] Me parece que LISCANO, pese a su inteligencia para cultivar su capacidad «crítica», no escapa a cierto compromiso con esa sociedad tan alejada de lograr transformaciones en el Hombre […] Defiende lo establecido […] Está comprometido públicamente. Por último: ¿qué puedes decirnos en torno a la situación que vive el escritor de la provincia?

A. J. U.- La mayoría de los escritores de la provincia está silenciada. No es justo que los directores de las páginas literarias de los diarios de mayor circulación nacional, malévolamente a veces, acallen el *Derecho a Opinar* de quienes vivimos en la periferia. Me pregunto por qué lo hacen. No hablo más por mí que por numerosos autores a los cuales jamás les publican. Indago, una y otra vez: pero, admito que no hallo una respuesta inteligible. Recuerda, Federico, que la provincia es (y fue) territorio de grandes hacedores y, por qué no, de mejores espíritus.

(En el «Suplemento Cultural» del diario *Últimas Noticias,* Caracas, Venezuela, 08 de Julio de 1979)

Fernando Báez

APROXIMACIONES A LA OBRA LITERARIA DE ALBERTO JIMÉNEZ URE

(Compilación de Críticas y Entrevistas)



Universidad de Los Andes
(Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico y Tecnológico)
Asociación de Escritores de Venezuela
Talleres Gráficos Universitarios
Mérida - Venezuela

-III-

INMACULADO DE JIMÉNEZ URE

(*Monte Ávila Editores,* Caracas, 1982)

«[…] *Podríamos inscribir a Alberto JIMÉNEZ URE en cualquier zona intermedia, pero si quisiéramos, por ejemplo, incluirlo en una lista no podríamos bajo el nombre de BORGES, tampoco, por otras razones, bajo el de Lezama LIMA. Quizá, dentro de un tiempo, su obra se deje asociar, bajo ciertos aspectos, con la de un tercer gigante más silencioso: con Umbral, de Juan EMAR* […]»

Por *Juan Antonio CALZADILLA ARREAZA*

Si quisiéramos podríamos definir una «línea filosófica» en la *Literatura Hispanoamericana Contemporánea,* en cuyos extremos tensos (como dos ejes opuestos) se encontrarían BORGES de una parte y Lezama de la otra. Ésta hipótesis, deliberadamente audaz, tiene al menos el valor de recordarnos los dos polos antagónicos y

complementarios en cuyo campo magnético se expresa toda actitud filosófica; un simple reojo a la *Historia de la Filosofía* parece confirmarnos que ARISTÓTELES y PLOTINO, la *Teología* y la *Gnóstica,* la *Escolástica* y la *Mística*, DESCARTES y PASCAL, KANT y JACOBI, HEGEL y KIERKEGARD, podrían ser pares típicos de este prolijo conflicto que opone de un pensamiento a la Razón, de la claridad inteligible a un pensamiento del afecto, de la intuición insondable.

BORGES nos parece encarnar el polo griego, clásico, racionalista, y Lezama LIMA el polo pagano o bárbaro, barroco, místico. El *etnopluralismo* de BORGES es aparente, su «des-occidentalización» temática corresponde perfectamente al proyecto cosmopolita, universal, enciclopédico, bibliotecológico de Occidente, su misterio es el misterio *éclairé* del mito y se resuelve en la operación límpida de la transcripción, se agota en el puro hecho literario. La no menos vasta erudición de Lezama LIMA es cuantitativamente distinta, su diversidad es la de la compilación de *legendae,* la del manual alquímico, la del bárbaro, su oscuridad no es la del significante mito,

portador de una representación, sino la de la magia o hechicería, productora de milagros y alteraciones.

Pero, no insistamos en esta oposición. Tómese o déjese. Sólo queremos con esto delimitar un cierto marco, una horizontal y una vertical que nos permita ubicar, someramente, otros autores, otras obras, como vectores libres. Podríamos inscribir a Alberto JIMÉNEZ URE en cualquier zona intermedia, pero si quisiéramos, por ejemplo, incluirlo en una lista no podríamos bajo el nombre de BORGES, tampoco, por otras razones, bajo el de Lezama LIMA. Quizá, dentro de un tiempo, su obra se deje asociar, bajo ciertos aspectos, con la de un tercer gigante más silencioso: con *Umbral,* de Juan EMAR.

La crítica venezolana se ha apresurado en adelantar dos calificativos a propósito de la obra de JIMÉNEZ URE (*Espectros,* 1976, y *Acertijos,* 1980): *fantástica, filosófica.* Calificativos demasiado fáciles, demasiados inexactos. Al menos *Inmaculado* («Monte Ávila Editores», 1982, Caracas, Venezuela) nos parece escapar a esta doble denominación. Quien se atenga a ella y dirija su lectura en ese sentido resultará,

inevitablemente, defraudado: porque JIMÉNEZ URE sería el autor de una árida literatura fantástica, de una in-lograda escritura filosófica. Salta a la vista inmediatamente lo que impide aquí la ejecución del tema fantástico, la consecución del lema filosófico: el elemento común de la *incoherencia.* Decimos bien el *elemento* porque no consideramos ésta querida in-cohesión como una falla, una ausencia, algo que ha faltado al texto. La incoherencia forma parte de ésta escritura. En última instancia, ella la produce; con su fuerza interna mayor, JIMÉNEZ URE nos propone (desde el comienzo) «[…] *un mundo perdido en sí mismo, sin otra ley que la sintaxis que su antojo ha dictado en la soledad* […]**»** («Prólogo**»**, p. 08)

Ésta *sintaxis*, como veremos, es la de una inconexión. Digamos que lo fantástico es fruto de una construcción, sólidamente afincada en sí misma, que presenta una realidad abreviada y paralela, comprensible en su aislamiento. Si la ausencia de lo fantástico es su substracción, algo así como el principio *leibniziano* de «Razón Suficiente», no es menos cierto que, en tanto que posible lógico, se halla sometido al *Principio de Contradicción.* Lo fantástico es irrealizable

pero concebible. Es en este sentido que lo absurdo se opone a lo fantástico. Lo filosófico podría definirse como una sucesión de operaciones analíticas y sintéticas: es decir, un desarrollo que se apoya continuamente en sus propios pasos y que busca abstraer de la cosa (*res,* en sentido amplio) una imagen de su «pensabilidad». Henos aquí, por los dos lados, fantástico y filosófico, en el *elemento de lo concebible.* Pero, la condición mayor de lo concebible es tal vez la coherencia: la facultad de hilar, ordenadamente, las representaciones, la susceptibilidad de la hilación de ser seguida por otros, en virtud de su ordenamiento; en el buen sentido y sentido común, JIMÉNEZ URE no construye, no desarrolla. Si insistimos en hablar de fantástico, de filosófico, será forzosamente en un nuevo sentido.

Hay una extraña maldad, crueldad, en esos escritos que se impiden a sí mismos, que no cesan de hacer abortar la anécdota, de descalabrar el pulso narrativo, de quebrar el hilo de la reflexión, en suma de cortocircuitar la función representatividad del texto. Relatos escritos al revés, como si el autor invirtiera el sentido de la creación; en lugar de un punto

cero al producto logrado, la escritura parte de un mínimo hecho dado (un esbozo de situación anecdótica, por ejemplo: «[…] *Frente a mi casa una mujer había decidido quebrantar mi estabilidad. Deduje sus intenciones porque, cada mañana a las siete, se posaba en la acera* […]**».** «Sofisma», p. 41) a elaborar su disolución. Más que de construcción, como decíamos, parecería tratarse de destrucción. Sintaxis del antojo que no carece de rigor. JIMÉNEZ URE elabora, sistemáticamente, una especie de caos-análisis: reducir la realidad apenas representada a una descomposición posible, a su máxima expresión caótica, a sus mínimos elementos aleatorios. Escritura mucho menos fantástica que puramente absurda, que barajea al azar los imposibles desenlaces, cuyo efecto no es la sorpresa sino el estupor, el desconcierto, aun el desagrado. Pero, sentimos, sin embargo, que esto mismo nos llama a reflexión. Extraña exigencia de reflexión que le quita al pensamiento *todo point de repére,* que le niega el uso de sus posibilidades habituales. La *Literatura Fantástica* y *Filosófica,* en general, como hemos visto, apela a las facultades reflexivas comunes para validar, aunque sólo

fuera locamente, la coherencia de sus construcciones, *la hilación de sus desarrollos.* Estos cuentos, so pena de permanecer impenetrables, requerirían una reflexión *extra-ordinaria.* Ésta reflexión no común, esto, que podría ser un ejercicio de abandono del pensamiento habitual, corresponde a la actitud que el autor mismo reclama del lector: la contemplación («[…] *Pido al lector que adopte, ante cualquiera de mis elucubraciones y enunciados, la actitud del sabio: contemplativa* […]**» (**«Prólogo**»**, Ídem., p. 08).

La *contemplación* podría definirse como la actitud del espíritu en la que el pensamiento, lejos de aprehender la cosa conceptualmente, desde su propia interioridad, por integración y diferenciación, se disuelve en ella, la penetra y anima. En este sentido, PLOTINO diría que la naturaleza entera es contemplación. En última instancia, no hay *sujeto de contemplación,* un alma que *contempla,* sino un fenómeno complejo en que la cosa como tal es *contemplación* de sí misma y el alma *contemplativa* forma parte de la apariencia contemplada. El alma se convierte así en el movimiento propio *de la cosa y la cosa,* por su parte, en el propio movimiento del alma.

No se trata, simplemente, que pensamiento y cosa hagan *Uno* (aspiración platónica y en general «metafísica**»,** en la acepción contemporánea) sino que la cosa, por una cierta actitud del pensamiento, sea una, única, singular, verdaderamente *Otra* con respecto a las artimañas narcisistas del entendimiento, que, como decía NIETZSCHE, sólo encuentra en ella lo que él mismo ha escondido. Si hay algún proyecto filosófico general en la escritura de JIMÉNEZ URE quizá sea éste: desquiciar el sentido común, desconcertar el buen sentido, actitudes elementales del pensamiento ordinario, para dar paso a la contemplación como producción y encuentro de lo *Otro.* Pero, aquí *lo Otro,* quepa esto como objeción muy personal, este «mundo perdido en sí mismo», se acerca demasiado a la muerte: éste es su nihilismo particular, la culminación extrema de su *anarquismo.* JIMÉNEZ URE, en su contemplación, pasa de largo ante la naturaleza, ante el cuerpo, objetos necesarios de un cierto «optimismo», para precipitarse hacia la *extinción,* el *aniquilamiento.* La crueldad máxima requerida para romper con la estupidez (y su pensamiento), para encontrar

un mínimo de amor, sigue aquí su propio curso destructivo.

Ni «relato fantástico» ni «escritura filosófica», sino más bien una especie de *Filosofía-Ficción* que sería a la *Filosofía* lo que la *Ciencia Ficción* es a la *Ciencia.* En este género, Juan EMAR es un maestro. La relación con la *Filosofía* deja de ser aquí un mero adjetivo, un culto aditamento que el pensamiento se da de acompañante, bajo la forma de referencia erudita o de la reproducción análoga, *parafrástica* (aunque estos medios no quedan excluidos y menos que otro la *simulación del estilo filosófico*). Lo filosófico se encuentra aquí en las entrañas mismas de la escritura, y justamente no como bagaje cultural filosófico: el gesto literario (ruptura del silencio) echa andar pulsado por un gesto filosófico puro más profundo (ruptura de la estupidez). No se tratará de desarrollar una anécdota que nos de qué pensar, ni de trazar las implicaciones de una idea «que se tiene», ni de exponer argumentos bien hilados: *es preciso que la escritura misma sea pensante,* que reproduzca el movimiento bruto del pensamiento, que *ejecute,* como bailarina, por medio del lenguaje-cuerpo,

sus saltos, sus ascensos, sus detenciones, sus encontronazos con *La Nada*

(Escrito en París, 1985 y publicado en el diario *El Impulso,* Barquisimeto, Venezuela, 07 de Julio de 1985)

-IV-

ALBERTO JIMÉNEZ URE: TEMÁTICA, ESCRITURA Y ACTITUD

«[…] *La infracción de la normalidad no es una protesta anárquica, sino tensión constante hacia la afirmación de su presencia. Hay rigor de la prosa, como ya lo hemos dicho. Más allá de su talento y cultura, ésta excelencia es precautelar, para decirlo con un venezolanismo forense. Él no puede ofrecer blancos vulnerables, no se lo permite dado que se interna en «terrenos prohibidos» al voltear cada página, necesita eliminar de antemano las críticas de tipo normativo y externo formal. Un examen exhaustivo extendería estos comentarios más allá de lo tolerable* […]»

Por *Juan Antonio VASCO*

En Venezuela se renuevan rápidamente las generaciones literarias. Para limitarnos a dos géneros, siempre están retoñando poetas

jóvenes y narradores. Mientras otros alcanzan la primera sazón, una jornada previa se consagra –como conjunto- aunque algunos integrantes naufraguen. Una cuarta falange reúne a los creadores plenamente granados y, como telón de fondo, se encuentran los clásicos vivientes. Alberto JIMÉNEZ URE (n. en Tía Juana, Edo. Zulia, Venezuela, 1952) está en su quinta colección narrativa, ya integrando la hueste que inicia la maduración. Su libro *Suicidios* (Universidad de Los Andes, 1982) contiene, y no por primera vez, un *arte poético explícito.* Los sitios donde se manifiesta son el *Pórtico* (p. 07) y el *Post-Scriptum* (pp. 167-169)

Habla de *la poda* como norma estilística. La veremos aplicada en todas sus páginas. Tan ceñido como lo fueron Julio CÉSAR, Baltasar GRACIÁN y Ramos SUCRE. Es, prácticamente, imposible resumirlo y él mismo dice que procura la mínima expresión cuantitativa. Enuncia, en relación con tal *norma,* una característica personal: *el placer de destruir la mitad de lo escrito*. Y otra de sus modalidades, radicalmente estilística, es la de evitar repetirse.

Aludir a los antecedentes o influencias puede ser recurso de relleno, pero admitámoslo como

propensión del lector: cuando dice *hacedor* y luego *ficciones* pensamos en BORGES. Sin embargo, no es el anciano escritor argentino donde JIMÉNEZ URE ha encontrado ejemplos para su temática bipartida, que ayunta manifestaciones crudamente confesionales: *médicas* o *psicosociales,* con la ingeniosa construcción de tramas narrativas. Llamo confesionales a los aspectos necrófilos, sádicos, escatológicos, onanistas. Mientras tanto, la prosa despojada de todo *barroquismo* (y también de todo *folklorismo* o viso *nacionalista*) dice historias cuyos finales sorprenden: formula peripecias que se apartan de la escritura lineal y producen, por antítesis, mudanzas temporales, funcionamientos fantásticos. Gran placer para el destinatario, en este caso un lector-comentador que ha seguido la evolución de JIMÉNEZ URE. En un punto disentiremos: cuando habla de «forma corriente» y «contenidos inusitados». No he descubierto la fusión *del qué* y *el cómo.* Para la tarea de disección puede ayudar separarlos como método, sin otorgar a la dicotomía entidad ontológica.

En referencia que podríamos llamar biográfica, dice el autor (p. 167 y s.) que no empezó a escribir por obsesión sino porque, desde niño, «[…] *se complacía en reflexionar* […]». También experimentaba el suceso creador cuando la meditación cuajaba en un hecho inédito, limitado todavía a su fuero interno. Pronto le daría forma comunicable puesto que escribió su primer cuento a los 9 años. Notemos, de paso, que no fue su primer poema: sino su primera pieza narrativa. Desde aquella infancia, el *Arte de la Palabra* (expresada en el relato) integra su personalidad. Aprecia el *rigor* y el *sonido,* la sugerencia sin esfuerzo de la prosa bajo el amparo de la vocación.

La ideología confesada en el epílogo tiende al *Anarquismo:* propicia un mundo «[…] *emancipado de leyes y de gobiernos, porque sin las leyes desaparecen los infractores* […]». Mientras los códigos existen para esperar a un culpable, la escritura es *Don de Dios*. No niega la propia ignorancia y tacha de todos los hombres que se confunden al caminar por el cielo: practicar la metempsicosis, viajar por lejanos sistemas planetarios, intentar explicarse el origen de la vida. Encontramos aquí un recurso a la función

sibilina de la *Creación,* mechado con facultades fantásticas reconocidas en el hombre-escritor. Me parece una fantasía deliberada más que el torrente asociativo de los *surrealistas,* aunque también beba de esas aguas en algunas páginas.

SHOPENHAUER, HEIDEGGER, HEGEL, SPINOZA, PLATÓN, DESCARTES, COPI y HERÁCLITO han gravitado en su formación hasta volvérseles extensivos: aunque ya no caminen sobre la Tierra. La muerte «[…] *no es la verdad absoluta; sólo puede predicarse tal atribución del suicidio y de la náusea precedente, síntoma de vida plena* […]». El lector asocia éstos pensamientos con el *Existencialismo,* y no sólo porque se hable de náusea, sino porque se la presenta como componente de la vida plena, preludianto el *suicidio.* Queda esclarecido el título del libro. Echemos ahora un vistazo a cuatro o cinco relatos.

En *Juddiee* (pp. 11-13) comienza empleando el recurso conocido de relatar una historia de otro. Por eso anuncia: «[…] *Narraré una impostura* […]». La fuente de la fábula es su «abuelo», también escritor. JIMÉNEZ URE se tacha, consecuentemente, *de plagiario.* Pero, todo esto sucede en el ámbito de la escritura ya que el

escritor funciona trasmutado en sujeto del relato. El abordaje del discurso empieza en la primera línea. El «Yo» sujeto de la ficción abandonó los estudios universitarios que llevaba a cabo en Norteamérica, más inclinado a la *Filosofía* que la *Comunicación Social,* e impelido de una vez por la claustrofobia: la inversión del *Conductismo* y una presunta autosuficiencia.

Era el Año 1951. En el avión que lo lleva de regreso a Venezuela piensa en su prima *Juddiee* con imágenes donde relumbran, explícitamente, las desnudeces de la joven. Tangencia con la que llaman «Realismo», hasta la confesión de la propia respuesta corporal, a esas imágenes voluptuosas. Sobreviene el clímax y recomienza el deseo, pensado como angustia metafísica que precipita la descarga precoz: vuelve el deseo inextinguible, desesperante.

El relato sigue en Mérida, donde se entera que *Juddiee* ha muerto. Detalle lujoso, tal vez simbolista: una esclava trae el té. Luego, en la visita al sepulcro, el desenfreno necrófilo. Vuelve a nuestra memoria aquél «Homenaje a la Necrofilia» que ejecutó Carlos CONTRAMAESTRE bajo *El Techo de la Ballena.*

En un tiempo virtual más cercano, JIMÉNEZ URE condena a la Moral: así como RIMBAUD manifiesta: «[…] *Hoy día sé saludar a la belleza* […]». El lector piensa también en el Conde de LAUTREMONT. Y no se trata que señale influencias. La asociación parece impuesta por algunas ferocidades de los relatos. En este joven autor confluyen numerosos antecedentes: de ellos brota su plena originalidad.

Sin que obste lo dicho sobre el no-folklorismo del autor, el **Mito del Ocioso** (pp. 18-19) se sitúa en una población petrolera abandonada. La visión de *Tía Juana* reverbera con el sol del S. XXI. El solitario personaje de estos enunciados ejecuta un acto onanista, proponiendo la antítesis entre su producción y la del pozo, sugerente, infecunda. De su breve manantial biológico brotan criaturas humanas, rascacielos, automóviles, «smog»: en suma, la cultura industrial del S. XX que éste preciosista abrevia en notas apuntadas sobre una laminilla de oro. Adviértase que el salto se da hacia atrás, mientras el taumaturgo exclama «[…] *Saltad, hijos míos: sentencio que seáis mi imagen y semejanza* […]». Rescritura de las escrituras.

Como sucede en la poesía del sobresaliente Juan CALZADILLA, el autor de *Suicidios* suele desdoblarse. Así ocurre en **El Hotel** (pp. 83-86). Trama de joven maestro donde la estructura y sus elementos inter-juegan mientras se «desfasan» los tiempos y lugares. El autor describe la llegada de Gustavonovof al albergue pueblerino. Un palíndromo, recurso renovado, invierte el primer párrafo instalándose como segundo. Inesperado, pero potencialmente amenazador, un agente de policía indica al hotel adecuado, actitud a la que reacciona este personaje de nombre eslavo adoptando la posición de «firme». Por un carril paralelo se mueve el sujeto-narrador, alojado en habitación cómoda, húmeda, fría, de mohosas paredes. Aprecia el baño caliente, se desliza desnudo en la cama, atiende a su deseo inextinguible, señalando «[…] *que los estoicos tienen por inteligente al hombre que de tal modo combate el hastío* […]». Otra característica constante de JIMÉNEZ URE se muestra en el paisaje anotado: cultura vasta, incorporada a manera de órgano propio. Cuando despierte de su siesta revelará el morral –antes atribuido al forastero- del cual saca su arma. Pasamos de

Gustavonovof a «Yo», el narrador, por cuyos ojos vemos que sale sangre del cuarto contiguo, deslizándose bajo la puerta. Un tiro suena minutos después. Acude gente mientras se oye el disparo, hablan con «Yo», el sujeto del relato. Llaman al cuarto contiguo comprobando que el forastero está allí, extrañado por la alarma. Se repite la ocurrencia y Gustavonovof replica a su extrañeza con una frase irracionalista, que también define a JIMÉNEZ URE: «[…] *¿Necesita entenderlo todo para sobrevivir?* […]». A la tercera detonación ingresa en el propio cuarto, encuentra dos cadáveres en su cama. Aquí aparece una clave que liga al «Yo»-narrador con el forastero. En efecto, como se vio antes, nos enteramos que tiene un morral en cuyo interior un cuchillo. Desposta a los muertos, sale al campo y lanza morral y cuchillo al primer abismo que encuentra.

A continuación introduce otro «destiempo» y otro desplazamiento porque, transcurrido un año, hallándose en HOUSTON, entra en el cuarto del hotel y encuentra el periódico cuya primera plana despliega la noticia del doble asesinato. Lo estremece la llegada de la policía, pero es una falsa alarma: el agente viene a

entregarle su pasaporte, olvidado en el aeropuerto. Frío en la extremidad final de conducto digestivo, helado sudor en la frente. Por la ventana ve el auto-patrulla. Aquél forastero de apellido esclavo está sentado en el techo. Por un instante se cruzan las miradas, se reconocen; luego el compañero monta en el carro y huye sin los otros. El autor escindido: relator y personaje.

El Lisiado (pp. 35-37) comienza con la manifestación tautológica de que la lluvia es infrecuente cuando brilla el sol. Establece correspondencias entre felicidad y frío, ira y calor. No es el lugar común lo que atrapa a JIMÉNEZ URE. La equiparación de «ira» con «calor» está disponible en toda la historia de la Literatura, *pero el frío vivido como felicidad es una constante individual.* El ser que titula esta pieza, baldado y sordomudo a la vez, sin que carezca de potencialidades productivas, puesto que un chileno lo explota, le quita el pan y lo come mientras el lisiado mima la masticación provocando la risa de algunos espectadores. También ríe el chileno con una risita que se describe como afeminada. Detalle muy propio del venezolano: que le suene homosexual el

habla suave, tierna, de los chilenos. Peculiaridad que de ningún modo amengua la condición viril.

El inválido no canta por temor que insulten a su madre, en cuyo caso mataría al ofensor. Uno del corrillo, el que preguntó por qué no cantaba, lo escupe. La escena es repugnante y dolorosa, nos dice el autor. Y asevera que «[…] *se aprende a querer a las personas, aun cuando sean piltrafas* […]». El tullido da un salto, arremete con un bastón, lanza golpes contra el grupo. Se reúnen la situación límite, rota por la sorpresa de lo inesperado, con el razonamiento caritativo. Ya podemos atrevernos a un diagnóstico que atañe al hombre y al escritor. Pareciera que Alberto JIMÉNEZ URE hubiese estado en la cárcel de sí mismo. La ocultación e inmovilidad provocan la reacción *antitética,* lo mueven para que salte fuera, péndulo y contrapunto. La externalización no lo sacia. Al sentir los límites de su enfrentamiento con el mundo, exacerba los esfuerzos. La misma batalla da cauce a su escritura, extremosa porque intenta hacerla notoria.

La infracción de la normalidad no es una protesta anárquica, sino tensión constante hacia

la afirmación de su presencia. Hay rigor de la prosa, como ya lo hemos dicho. Más allá de su talento y cultura, ésta excelencia es precautelar, para decirlo con un venezolanismo forense. Él no puede ofrecer blancos vulnerables, no se lo permite dado que se interna en «terrenos prohibidos» al voltear cada página, necesita eliminar de antemano las críticas de tipo normativo y externo formal. Un examen exhaustivo extendería estos comentarios más allá de lo tolerable. Pero, no podemos silenciar otras riquezas de su instrumental, la magia simpática. Por ejemplo: cuando el chileno come provoca la masticación del lisiado. Y, también, los detalles que he calificado de *simbolistas* o *preciosistas:* la esclava que trae el té, la escritura sobre laminilla de oro. Y toda la saña y desprecio con que se trata fóbicamente a sí mismo por intermedio de los otros (véase cómo gira de pronto 180 grados cuando predica la posibilidad de amar al prójimo aunque sea repugnante)

El Escritor (pp. 141-143) ya cerca del final del libro, resume muchos rasgos del autor, algunos ya referidos. Comienza con un impresionante despliegue de conducta infractora, ejecutada en

plena calle con o contra una mujer que sirve de objeto. Pero los viandantes no advierten este comportamiento extremoso, pasan sin verlo: «[…] *ellos son como piedras* […]». El hombre y el escritor necesitan imponerse a la percepción ajena. Dejemos al primero, ya que este lector no tiene jurisdicción sobre la persona, sino, a lo sumo, sobre el escritor.

Comienza presentándose como violador. A la hora en que se establece la penumbra vespertina el escritor despierta de la pesadilla y se acerca a la ventana de su décimo piso. Suena la campanilla de la puerta y abre. «El Visitante», sin entrar, le muestra una fotografía: es la mujer del sueño. Presa de náuseas, cierra la puerta. Convulsionando, arroja una comida indigesta de dos días antes. El líquido sale debajo de la puerta. De nuevo el timbre porque «El Visitante» necesita interrogar al «Violador-Escritor». El «Yo» del relato querría insultarlo, le faltan fuerzas, sólo murmura: «[…] *Déjame en paz* […]». Reconoce en el presunto polizonte al asno de su última novela. Mientras el inoportuno esgrime una pistola, el escritor corre a su mesa. Pregunta «El Visitante» si busca un manuscrito, mostrándoselo con una

mano mientras en la otra brilla el arma de fuego. El Escritor, en efecto, procura echar mano a los papeles, pero «El Visitante», temeroso de ser borrado, lanza las cartillas al piso. El «Yo»-relator busca frenéticamente la página del asno. Está a punto de borrarlo cuando su enemigo dispara. Suprimiendo al autor se aniquila a sí mismo.

Retorno al Post-Scriptum para notificarlos de algunas características auto-observadas por JIMÉNEZ URE. Está en su meta la construcción narrativa de un mundo que estimule la meditación; sus actos deberán aportar nociones a esta filosofía y su discurso anudará sus conclusiones en *epifonemas,* ese remate del enunciado que se practica en la Literatura desde hace unos largos veinte siglos. No ha caído al pasar a los predios de la Literatura, ni su vocación infante echó brotes silvestres. Tampoco se agota en cultura ni en la presa puesta sobre sus argumentos como piel sobre carne: una percepción original del mundo queda bien resumida así: «[…] *Soy enemigo de la ficción: aquélla que se presenta al mundo tal cual nuestros ojos la v*en […]» Aserto cuyo análisis conducirá al debate sobre ficción, realismo,

realidad. Y corrobora la insurgencia contra cualquier mimetismo subordinante. Se siente humilde y feliz en la circunscripción de la Escritura porque «[…] *nada es más importante que el pensamiento* […]». Lejos del vértigo común, teme a lo finito. Vale decir que tropieza con la circunstancia, muralla contra la cual empeña fervor y esfuerzo. Ya hemos visto y las palabras precedentes lo confirman: vive lanzándose fuera de sí mismo en la más clara dimensión fisiológica con el indisoluble paralelo mental y literario. Lo finito rechaza cada una de sus extroversiones, vuelve a empujárselas dentro, recarga los resortes que repetirán el disparo. Equilibrio inestable que en su máxima comprensión explica el latido de todo organismo viviente. Entre muchos escepticismos, cree en la Palabra y «[…] *en la perfección que le da un minuto de libertad absoluta* […]»

(En el diario *El Universal,* Caracas, 21 de Agosto de 1983)


«Alberto se atreve, se arriesga en lugares difíciles y acierta. Lo hace por un sentido positivo de su vida y de su obra» (José SANT ROZ en el diario *El Universal*, Caracas, 17-05-1987, con un texto intitulado *Jiménez Ure ante la Jauría*)

-V-
LOVERA DE SOLA ANALIZA CUATRO LIBROS DE JIMÉNEZ URE

«[…] *Yo, que me precio de haber leído, con inusual fruición literaria, la fecunda obra en marcha de este «reaccionario del pensamiento estético y político», puedo dar fe de su titánico afán por demoler las «fronteras» sutiles que separan artificialmente la Poesía del Ensayo y éste del Cuento o de la Nívola: tal como gustaba llamar a la Novela Don Miguel DE UNAMUNO* […]» (**Rafael RATTIA** en el diario *El Impulso,* Barquisimeto, Venezuela, el 19-09-1998)

Por *Roberto J. LOVERA DE SOLA*

Entre los narradores venezolanos de las últimas promociones, entre los más jóvenes escritores, se destaca con rasgos propios Alberto JIMÉNEZ URE. Seis son los libros que ha publicado. Pretendemos ocuparnos ahora de los últimos cuatro. Dos de ellos, *Inmaculado* (Monte Ávila Editores, Caracas, 1982) y *Suicidios*

(Universidad de Los Andes, 1982) están formados por narraciones cortas. *Lucífugo* (Fundacultura, Barquisimeto, 1983) y *Facia* (Damocles Editores, 1984) son breves: denominadas «noveletas» por el autor.

Al entrar en los universos ficticios de JIMÉNEZ URE se imponen algunas consideraciones: no puede quien se enfrente a sus libros soslayar, dejar de lado, pasar por encima de su contendiente posición crítica sobre nuestra literatura. Alberto es uno de los pocos heterodoxos en estos días de poca rebeldía en nuestras letras. De ahí sus constantes cuestionamientos. Juicios que, en su caso, están cargados de beligerancia e ironía. Este joven creador posee, también, una sólida instrucción filosófica que asoma en forma importante en sus escritos imaginativos (nació en Tía Juana, Edo. Zulia, 1952. Ha estado ligado a la vida cultural larense, pero reside, desde hace casi una década, en Mérida). De ahí que no sean casuales confesiones suyas como ésta: «[…] *Advierto al lector mi intención de distraer con cuentos pocos innovadores en forma e inusitados en contenido. No soy experimentalista cuando narro, ni textualista o buceador de técnicas: sólo obedezco a lo*

que creo infalible en la prosa […]» (p. 08 de *Suicidios*). Prefiere escribir relatos que casi siempre implican una reflexión o incitan a ella (p. 167 de ob. Cit.).

Inmaculado, Suicidios y *facia,* si bien constituyen diversos momentos de su proceso escritural, tienen un denominador común que los une: la *inquietud filosófica,* las interrogantes sobre la condición humana que subyace en ellos. Son textos fantásticos en los cuales desarrolla anécdotas antecedidas por observaciones personales o epilogadas con lucubraciones sobre el acto de escribir, cosa que también lo distingue entre la mayoría de nuestros narradores casi nunca inclinados a meditaciones autobiográficas sobre sus trabajos. Claro está que, en el interior de los cauces que ha dado a sus escritos, JIMÉNEZ URE se ha propuesto romper los moldes del «Realismo» en la *Ficción Venezolana*. De la misma forma, sus planteamientos están, por momentos, muy cercanos a la «Literatura del Absurdo»: pero, no porque se haya propuesto seguir a los maestros de esa tendencia sino porque absurda es la época. Por esa vía es atrapada por este sensible

creador. Así lo podemos observar en cada uno de los volúmenes que comentamos.

En *Inmaculado,* utilizando un humor negro y despiadado, sin salidas posibles, busca lo que denomina «el revés» (p. 08): *lo que está detrás.* En una de las historias un personaje irrespeta a sus padres, pone de manifiesto lo cobardes que son, considera «[…] *que el infortunio conyugal era el precio de mi riqueza* […]» (p. 25). U otro dice: «[…] *Enloquecido quizá, me zumbé sobre ellos. Entonces me besaron, con infinita ternura, y me invitaron a nadar* […]» (p. 25) Constatado esto, el narrador se encamina hacia los niveles superiores de la Conciencia: única que debe dominar nuestros actos, la única forma de «[…] *subvertir regímenes de odio, coacción o leyes* […]» (p. 27), cosa que es imposible sin un verdadero sentido de la Libertad, sin un pleno dominio de sí mismo. Otro personaje piensa: «[…] *El Ser Humano debería tener madurez para no dejarse gobernar por cosa alguna, ente o superstición* […]» (p. 33).

Se puede pensar que *Inmaculado* se propone una utopía realizable, si la entendemos en un sentido *marcusiano.* Subyace aquí la *Tesis Anarquista.* Entendida tal concepción en su

sentido real, «verdadero». Como un acto dirigido hacia a la creación de la *Mansión Humana* para el Hombre y la Mujer en la Tierra. No en sentido «libertario» que, en *Castellano,* como nos enseñó el Padre BARNOLA, [...] *sólo invoca al destructor de la Libertad y no al Libertador* [...] (en *Noto y Anoto.* Academia Venezolana, Caracas, 1985, p. 79). Esta plena vertiente propiamente *anarquista* -no «anárquica» por desordenada, confusa- no sólo la encontramos en *Inmaculado* sino que igual está en la esencia de su noveleta *Lucífugo:* en la cual, de nuevo, nos propone una la *Utopía Anarquista,* ya que la anécdota transcurre en una ciudad libre donde no existe el *Principio de Autoridad,* una urbe donde el protagonista «[...] *profesaba la idea de un mundo sin leyes, gobiernos ni títulos. Repudiaba a los hombres que hacían de las universidades mercados de febriles certificaciones y amaba el estudio solitario en beneficio de la Humanidad* [...]». JIMÉNEZ URE no es el único en plantear tales convicciones en la ficción nacional. Son perceptibles también en dos obras de Isaac CHOCRON: *La Máxima Felicidad* (Monte Ávila, Caracas, 1976, pieza teatral) y en *Cincuenta*

Vacas Gordas (Monte Ávila Editores, Caracas, 1982, novela)

A través de *Suicidios* podemos mirar el *lado oscuro* del Ser Humano. Afirmamos esto a pesar del hecho que en ese libro encontramos relatos que tienen muchos paralelismos con los de *Inmaculado.* En ambos, lo «quimérico» (*Suicidios,* p. 17) y lo «absurdo» están. En *Suicidios* nos topamos con criaturas que en vez de sentir dolor sienten placer cuando deberían sufrir (p. 22), o nos encontramos con un asesino que se fuga incitado por los funcionarios policiales; hallamos una universidad en la que existe una «Cátedra de Atraco a Mano Armada» (p. 73)

En *Facia* nos ofrece una invención mediante la cual podemos seguir las dos caras *–ángel-demonio-* del Ser Humano. Lo afirmamos porque Facia y Odra, dos de sus personajes, podrían ser la misma persona (p.p. 24, 31, 51). Por su parte, el innombrado protagonista es un «espectro», apenas una sombra, y Facia «[…] *una imagen que intenta comunicarme algo más profundo* […]» (p. 11). Así, por medio de estas mujeres, una suicida (Facia) y un ser lleno de incertidumbre, escepticismo y amargura (Odra), JIMÉNEZ URE nos ofrece una

demoledora sátira de nuestro tiempo, ya que a todo lo largo del texto el protagonista lucha «[…] *por hallar una respuesta a lo inexplicable* […]» (p. 31). A lo paradójico, a lo inaprehensible. A lo que quizá sólo sería probable atrapar con una angustiada lucidez.

(En el diario *El Nacional,* Caracas, Venezuela, 20-01-1986)


ALBERTO
JIMENEZ
URE
Universidad de Los Andes
Dirección de Cultura
Mérida, Venezuela.

-VI-
LA NARRATIVA DE JIMÉNEZ URE O UNA AVENTURA PARA EL SER SONÁMBULO

«[…] Yo me identifico, a menudo, con otra persona que no me revela su nombre ni facciones. Entre dicha persona y yo, ambos extrañamente rencorosos, reina la beatitud y crueldad. Nos amamos y nos degollados. Somos dolientes y pequeños. En nuestros lechos hay una iguana, una rosa mustia (para los días de lluvia) y gatos sonámbulos que antaño pasaron sobre los tejados […]**»** (**Juan SÁNCHEZ PELÁEZ** en *Animal de Costumbres*)

Por *José Napoleón OROPEZA*

Una tarde calurosa de Octubre de 1982, mientras revisaba los manuscritos de cuentos y novelas de un concurso organizado por «Monte Ávila Editores**»** para autores inéditos, conseguí un fajo de papeles poblados de caballos de

luces, ahorcados que no terminaban de anudar la soga, pájaros y fantasmas errabundos que atravesaban épocas y espacios de luz dejando en el viento un rumor de hojas de oro, destellos fulgurantes y, luego, un espeso silencio. Una y otra vez volví a sus páginas. Dejé el libro. Tomé otro: pero el destello del manantial de luz de las páginas del libro *Suicidios* siguió atrayéndome.

No fue difícil descubrir que en el mismo concurso había dos libros de un mismo autor: *Inmaculado* creaba otra zona de duendes que habitaban por igual el día y la noche, blanco y negro en su naturaleza seductora por la sencillez de una prosa de un único origen, un solo sello. Escritos con un lenguaje de hinchazones o retorcimientos, ambos libros deberían provenir de un mismo autor.

De hechizo en hechizo fui descubriendo un mundo surreal donde el tiempo era abolido para crearnos la ilusión de estar viviendo un único universo en el presente, desde la lectura y convivencias con atmósferas extrañas en las que las palabras, con nitidez, creaban laberintos transparentes pese al humor negro y surreal que acercaban o alejabas las imágenes y rostros reflejados. Como los duendes, la zona del relato

huía y regresaba bajo el relieve de hojas crepitantes, secas y vidrios destrozados sobre los que repentinamente surgía, reveladora, la imagen de un cochino, de un muerto o de una ventana.

Transitando tales incertidumbres pero apegado a los resplandores, supe más tarde que los relatos pertenecían a Alberto JIMÉNEZ URE: un narrador muy joven. En el momento en el que Salvador GARMENDIA, Gustavo Luis CARRERA y el autor de esta nota, como integrantes del jurado que habría de otorgar el premio de «Monte Ávila Editores» se disponían a dictaminar a favor de *Suicidios* y a destacar, igualmente, los valores intrínsecos en los relatos del libro *Inmaculado,* fuimos enterados de la publicación de ambos. Tales eventualidades nos impidió, por razones legales, otorgarle el premio a *Suicidios.* Tuvimos, entonces, que declarar desierto el premio, haciendo constar que nuestro voto hubiera sido, unánime, para *Suicidios.*

Volví al texto dos semanas después, al recibirlo publicado por la *Universidad de Los Andes.* De nuevo me agarró su prosa límpida y exacta en su expresión, ajustada a los propósitos de un

narrador atento a una obsesiva idea, a un claro propósito aunador del clima y de la atmósfera: «[…] *El relato debe tener rigurosidad y, bajo el influjo de la libertad absoluta, sonido. Debe brotar como un manantial, límpido, sin el obstáculo del esfuerzo ciego* […]**»**

Tal propósito no sólo se evidencia en la escritura del narrador sino en la propia materia del relato, en la naturaleza que adquiere la narración. Lo primero que advertimos en la prosa es la clara intención del narrador de presentar un mundo ambiguo, proclive a un *interrogarse a sí mismo* a partir de la atmósfera poética de una narración que combina, con tales propósitos, elementos de la *Cultura y el paisaje de Los Andes* y de la *Región Zuliana* como excusas para lograr lo que parece ser la intención fundamental de JIMÉNEZ URE: *crear un espacio para la indagación de mundos reales, convirtiendo el mundo en posibilidad de reflexión filosófica* (o, si se quiere, indagación poética de un posible «mundo real**»**). Pero la intención no se nos ofrece forzada ni obligada.

La prosa de JIMÉNEZ URE alcanza tal destino por la rigurosidad con la que está trabajada y porque en sus atmósferas hay mucha poesía:

hay la persuasión que exige el arte de contar y el encanto, el hechizo alcanzado con el empleo de la palabra justa, adecuada a un clima. Su caso es único en la narrativa joven de este país, tan dada al folklorismo barato, al color local sin mayores esfuerzos mentales y también al retorcimiento del lenguaje, a creer que se es más escritor cuanto más confuso se sea, o si se inventan palabras y se les coloca atropelladamente, sin sentido. O si se fuerza a un adjetivo, a producir verbos para dar la sensación de «que se es barroco o poeta con el lenguaje**».**

Tales posturas son ajenas al trabajo creador de JIMÉNEZ URE. Su prosa (sin que con esto pequemos de tremendistas en la afirmación) se enlazaría con la fina y acertada de Enrique Bernardo NÚÑEZ, de un Julio GARMENDIA y, recientemente, a la de los primeros trabajos de Ednodio QUINTERO. La palabra narrativa se apoya en el sustantivo, en el escueto uso del adjetivo y en el verbo creador de las atmósferas ambiguas y que encara *el revés de un mundo real,* deslumbrando la imaginación, mostrándonos el reverso de una aparente transparencia al combinar elementos surrealistas con imágenes

que recuerdan en su origen ciertos recursos del *Arte Pop.* La atmósfera sugiere múltiples ideas y sentidos, la imagen encanta, seduce o repugna. O interpretamos o alucinamos: no hay otras salidas. Porque la escritura crea laberintos y una caja descubre otra y esta otra y otra: no hay permanencia real.

Si algo está presente en el trabajo de JIMÉNEZ URE es la conciencia de que hacer ficción supone algo más que transcribir lo real como se le ve en el momento. Hay mucho que decantar. Mucho de traer desde un pozo hondo, un inconsciente inventado o reinventado, lo que pudo haber sido vivencia. Se reconstruyen entonces elementos reales de una infancia que quedó envuelta en el humo, en las formas huidizas de un paisaje pleno de azufre, de moribundez, de los campos petroleros del *Zulia* o el mundo neblinoso de *Los Andes* con sus viejos que buscan al «Niño Jesús» o al escritor que habrá de aniquilarlos antes de soñar o de emprender un primer viaje donde los descubra a todos, montados en un caballo que otea un horizonte de muerte. Algunas aves negras habrán de cruzar el cielo y dejar en su lugar una imagen o una gota de sangre: signos de un

«mundo real» a reinventarse mediante el doble juego o contrapunto con la imagen extraída de un universo literario ya creado o de una imagen mítica que vuelve a fundarse a partir de elementos reales de un espacio geográfico específico: de nuestros campos petroleros o *Los Andes.*

Hemos dicho antes que la ambigüedad signa esta escritura. Tal ambigüedad creadora está no sólo en las atmósferas híbridas construidas por diversas zonas de la realidad que coinciden, al mismo tiempo, en sustantivos o imágenes, sino en las tentaciones que provocan en el lector: *éste querrá descifrar una zona última, lograr saber qué existe detrás de un suicidio siempre aplazado.* O detrás de la imagen de un cerdo que aparece y reaparece, marcando ocasos y aventuras de los seres que lo ven surgir en la ventana, inadvertido, pero esperando. O detrás de algo tan aparentemente real y casi cotidiano como la «Paradura del Niño Jesús» en *Los Andes Venezolanos*, a propósito del relato *La Paradura,* una de las obras maestras del relato en Venezuela.

No sé cuántas veces he leído ese hermoso relato en el que una turba busca al «Niño Jesús».

Tomando como imagen inicial una hermosa tradición de *Los Andes Venezolanos,* el «Día de Reyes**»**, JIMÉNEZ URE construye un cuento donde se manifiestan plenamente las cualidades que animan y fundan su prosa: su simultaneidad de tiempos y espacios reales y míticos, ambigüedad en la atmósfera. El «Niño Jesús**»** es buscado. Alguien pinta la escena. Un escritor libra una batalla con un niño que desea asesinarlo. ¿Quién busca a quién, quién ha matado al otro? El hacedor de ficciones no nos permitirá estar seguros de nada: nos ha tentado a seguir el viaje y debemos echar de nuevo las cartas, soltarnos como sonámbulos detrás de la noche, encender lámparas en busca del niño: padecer el insomnio de la una vida que nunca fue real sino en el momento en que, fuera de lugar, la imaginamos.

Cuatro libros de relatos (*Espectros,* 1976; *Acertijos,* 1979; *Inmaculado,* 1982; Suicidios, 1982), una novela corta titulada *Lucífugo* (1982) y otra en preparación integran el importante y poético mundo narrativo de Alberto JIMÉNEZ URE: un escritor nacido en *Tía Juana,* Estado Zulia, en 1952, a quien admiro desde hace veinte años y cuyos textos releo con devoción,

desde que los descubrí una tarde calurosa de Octubre en que inicié la nostalgia de un descubrimiento siempre maravillosamente aplazado, siempre comenzando. Nunca he cesado de girar en busca de un niño que mueve sus brazos intentando apresar la hojilla con la que yo inútilmente trataré de matarlo a él, antes de que los dos seamos buscados por una turba que tocará a las puertas, con encendidas lámparas, tratando de saber quién ha perdido a un niño, quién lo halló, quién lo busca.

Recientemente cayó entre mis manos otro libro poseedor de un signo inequívoco. Sí. La misma procedencia. Un libro titulado simplemente *Lucífugo.* En él me hundí unas horas, seis días, diez meses, veinte años. Cuando terminé de leer me di cuenta que no había comenzado aún: estaba en una calle, la calle donde comienza la narración, atrapado en la misma vereda poblada de cardones que se transforman en pájaros. Pero ellos aún no partían del sitio donde yo continuaba leyendo, sin advertir que habían transcurrido ocho años y que era Octubre de 1991. Pero en mi cuarto, como en la calle, habitaban los pájaros: no cruzaban el espacio, no salían. Oía su canto. Estuve

escuchándolos durante ocho años y me preparaba para oírlos ininterrumpidamente hasta que ellos duraran en la Tierra y pudiera, por fin, entrar a la habitación en la cual una tarde calurosa de Octubre de 1982 alguien se quedó pasmado en la misma habitación, oyéndolos entrar tan pronto se dispuso abrir el libro, el paquete de hojas todavía sin anudar. Pero no tendría tiempo de preguntarme *el por qué:* duré otros años leyendo los relatos y ello fue suficiente para justificar una existencia en ese cuarto, apegado a tan bellos relatos, condenado a oír tan dulce melodía

(Escrito en *Las Efluvias,* Agosto de 1983, y publicado en el diario *El Universal,* Caracas, Octubre 16 de 1983)

-VII-
FACIA O LA OBSESIÓN POR EL ROSTRO

(*Damocles Editores,* Mérida, Venezuela, 1984)

«[…] *El texto de JIMÉNEZ URE nos sitúa en un universo donde los tres personajes (Odra, Facia y Alberto) adquieren toda su profundidad en la agresión más horrible que pueda existir: la transgresión a la vida y, por ende, a la muerte* […]»

Por *María del Amparo PASTOR Y COS*

La última noveleta de JIMÉNEZ URE, no por casualidad titulada *Facia* (etimología latina «fax-facis», rostro), aquí castellanizada por «facia», no se refiere a un rostro, sino a *El Rostro* por excelencia, el «eidos rostro», pues, si lo hiciera, el título de la obra, con la gran carga semántica que será «leit-motiv» de la novela, dejaría de ejercer la función de *continente* y *contenido.*

El texto de JIMÉNEZ URE nos sitúa en un universo donde los tres personajes (Odra, Facia y Alberto) adquieren toda su profundidad en la agresión más horrible que pueda existir: la transgresión a la vida y, por ende, a la muerte. Y, ¿es que acaso el amor –especialmente «l´amour fou» no es la ruptura de la norma, el elemento subversivo por excelencia? Alberto es un *espectro* que deja de serlo para convertirse en hombre por / para el amor, pues, es más difícil ser *hombre* que *fantasma.* Facia es también un espectro que muere varias veces de manera obsesiva y que se materializa por el amor de / hacia Alberto. Odra, hermana de Facia, es el único *Ser Físico* del que se nutren los otros dos, siendo el objetivo intermedio que le sirve de enlace.

La necesidad constructiva de Alberto, de hacer presente el rostro de Facia, por la no aceptación de la *muerte,* le lleva a utilizar a Odra (la que está viva), quien se confunde con su hermana a lo largo de toda la narración, sin pausas ni censuras, lo cual (desde el punto de vista sintáctico) constituye, sin lugar a dudas, el paso de una personalidad a otra: un terreno muy difícil en la prosa y el autor que lo consiga de

manera impecable, sin cortes bruscos, como es el caso de JIMÉNEZ, se puede decir que domina –sin trabas- los recursos técnicos de la narración.

La rebelión final de Odra, que no acepta seguir siendo utilizada, y el ofrecimiento simbólico de su cuerpo cuando invita a Alberto a montar en su yegua, dan a la estructura novelística un final cerrado al aceptar Alberto dicha invitación tras contemplar la desaparición del ajedrez: símbolo, en ese contexto, de la norma de leyes lógicas que pretenden encasillar al deseo.

Finalmente, podemos decir que *Facia* (segunda publicación de «Damocles Editores») nos parece muy bien lograda: por la sencillez y profundidad de su lenguaje, con algunos neologismos acuñados por el propio JIMÉNEZ URE y por la perfección sintáctica (exceptuando el capítulo de *La Fiesta* que, a nuestro entender, quiebra consciente o inconscientemente la unidad argumental y psicológica de la narración) de la obra que hace que sus personajes –debido a la fuerza del deseo- sean capaces de romper los moldes cotidianos y sumergirnos en el mejor de los mundos, el de *El Rostro* del ser amado.

(En el diario *Frontera,* Mérida, 14 de Julio de 1984)



-VIII-

ALBERTO JIMÉNEZ URE: LA POESÍA COMO SÍNTESIS FILOSÓFICA (FRAGMENTO DE ENTREVISTA)

«[…] *Los críticos dijeron que estaba profundamente influido por la Filosofía, lo cual nunca negué* […]»

Por *Miguel SZINETAR*

-¿Qué es, para ti, un poema?

-Durante muchos años, en el ambiente literario nacional, me calificaron como un narrador. Los críticos dijeron que estaba profundamente influido por la Filosofía, lo cual nunca negué. Algunos, como José Napoleón OROPEZA, por ejemplo, sostuvieron que «[…] hay atmósferas poéticas en mis cuentos […]». Reflexioné, una y otra vez, hasta admitir esa tesis. Ocurre que, para mí, como para los antiguos escritores, la poesía es un vehículo del pensamiento filosófico. En la *Antigüedad,* hombres como Empédocles , Hesíodo y Homero elaboraron

una poesía más cercana a los conceptos que al encantamiento.

«Un poema es una síntesis filosófica y mis textos lo son, enunciados del pensamiento»

(En el diario *El Universal,* Caracas, el 26-07-1987)

-IX-

TRASNOCHOS (POEMAS, 1979-1986)

(*Edición de la Gobernación del Edo. Mérida,* Venezuela, 1987)

«[…] *En sus poemas hay una atmósfera enrarecida, intemporal; algunos textos parecen igual nuevos y antiguos, como sucede con sus cuentos* […]»

Por *José Antonio YÉPES AZPARREN*

El verdadero poder de un narrador está en presentar sus historias mediante imágenes que sugieren su universo o mirada particular. Nuestra historia literaria no es prolija en narradores que cultiven sus cuartillas como una labor nunca independiente de la «poesía» (y aún debo agregar de la «crítica»; pues, toda aquél que desee crear una obra sólida debe ser antes que nada su más terrible crítico, tortuguita paziana que la historia hizo suya, a veces sin beber hasta sus tuétanos. La poesía, por su parte, es la que permite esa ambivalencia

del signo que potencia sus múltiples lecturas, según el narciso / lector que «se lee a sí mismo»

LEZAMA partió de la poesía y el ensayo para llegar a la novela, ¿pero su poesía no era ya un impulso narrativo que avanzaba hasta sus imágenes? En nuestra época la *indistinción de los géneros* muévanse hacia su absoluto. Descreo, por ello mismo, de quienes no cultivan, aun sin publicar, otros territorios que le sean aparentemente negados.

Por lo anterior, celebro la aparición del primer libro de poemas de Alberto JIMÉNEZ URE (*Trasnochos,* Gobernación del Edo. Mérida, 1987) que algún día merecerá –por los acentos singulares de su narrativa- una atención mayor que la que hoy suscita, acaso debido a los artículos de intelectuales polémicos que frecuenta; algunos más insustanciales en el argumento que en los blancos a los cuales dirigen sus dardos.

Los textos «¿poéticos?» de JIMÉNEZ URE producen la misma desazón que los de NIETZSCHE, con quien coincide no sólo en ciertos usos o maneras. Como en aquél, los

poemas de *Trasnochos* reflejan el pensamiento de su autor. Son, por tanto, *autobiográficos* al tiempo que comentarios marginales y/o confesiones de sentimientos, deseos y experiencias. El mundo es, para ambos, *asqueante y sinsentido.* Por eso, la coincidencia de quienes han tenido que luchar por esa conciencia del mundo los emparenta, sin remedio, en un camino donde el desacato y la transgresión de normas se convierten en pensamiento y literatura. La polémica es connatural a esta actitud negadora de la creación. Y es, también, el consiguiente intento lógico del pensamiento y los ideales de ambos autores.

Los poemas de *Trasnochos* tienen muy poco o nada que ver con cuanto se escribe actualmente entre nosotros, y se corresponde sin tropiezos con la cosmogonía de JIMÉNEZ URE; pero, además, le sirve de apoyo y amplía al develarnos el pensamiento y las emociones del autor que trama su literatura. En sus poemas hay una atmósfera enrarecida, intemporal; algunos textos parecen igual nuevos y antiguos, como sucede con sus cuentos.

No es JIMÉNEZ URE, ciertamente, uno de aquellos poetas que constituyen «templos luminosos» en el oído. Tampoco descuida, sin embargo, la musicalidad exterior que es producto de una limpidez de escritura (la limpidez es acá sinónimo de musicalidad) Con frecuencia, al leer este libro, he pensado, dado los constantes momentos felices, en la musicalidad de algún excelente poeta de nuestra lengua. No quiere decir esto que *Trasnochos* no resulte un libro desigual, ya que incurre en ciertas entonaciones que le restan densidad al conjunto. Desigualdad que rodea una poética sólida y muy personal que produce verdadero entusiasmo.

He vencido la tentación de citar fragmentos del libro. El lector deberá ir a sus páginas, donde esperan las imágenes talladas, a veces con paciencia, otras con prisa: imágenes de quien, en su doble encierro, vive confinado en el mundo y sin contradicciones que no sean la de ser «un poeta de ciudad», la de olvidarse de los pájaros que cantan y preferir, en su lugar, los de acero que sobrevuelan el pavimento, lo mismo que las construcciones, el progreso, o, como

transcribo: «[…] *Amo la contaminación, el ruido/La amenaza de las metrópolis:/Porque no soy el hipócrita que/-Mediante la escritura- retorna a lo bucólico/Desde un décimo piso de apartamento* […]»

(En el *Diario de Caracas,* el 24-01-1988)



Alberto Jimenez Ure
ABERRACIONES
Universidad de Los Andes
Consejo de Publicaciones

-X-
JIMÉNEZ URE: «EL HORROR HA SIGNADO LA EXISTENCIA DEL HOMBRE»

«[…] *No soy anticomunista porque defienda millones de próceres impresos que no poseo, sino por pertenecer a la Clase Social de los Hombres Libres* […]»

Por José SANT ROZ

Una obra que no tiene padrinos, surgida del dolor y la fidelidad que tiene el autor a su propia tragedia; que vivirá por sí misma, sin muletas ni las pamplinas de las cofradías intelectuales. Escrita y –tal vez- sufrida aquí, en Mérida: ciudad singular de locos madrugadores, pacíficos, novelescos. Desde muy temprano, estos personajes (en sus atavíos de un rigor antiguo) comienzan a ejercer sus rituales extraños.

Por la Avenida «Los Próceres», CORREDOR (cinta roja en la cabeza y zapatos en las manos) hace el trayecto de diez kilómetros: desde la

sede de *Los Bomberos* hasta *La Hechicera.* «EL GENERAL» perora sus profecías frente a la «Catedral» y Amador (aseador empedernido) recoge los desperdicios del tráfico ciudadano.

Mientras converso con Alberto –en el Cafetín «París» del «Boulevard del Rectorado» de *Universidad de Los Andes*- una señora morena, claramente trastornada, va llenando nuestro diálogo de una especie de «canto árabe»: «triste» y «sagrado»

-Si tuviéramos sólo entre «locos» como éstos –le digo a JIMÉNEZ URE- no tendrías motivos para escribir una novela como *Aberraciones* [...]

-Esos «locos» -me responde- son quizá los «puros», quienes no temieron perderlo todo y viven inmunes a la propia «demencia» y libres de reyertas [...]

-¿Cuál es la intención argumental de tu nueva novela?

-Siempre quise escribir una lo suficientemente representativa de los acaecimientos más absurdos de la existencia de los hombres, de los ciudadanos que conforman una sociedad arquetípica. La intención argumental de mi narración es –aparte de expresar mis reflexiones

u obsesiones filosóficas- presentar al mundo despojado de antifaces.

-¿Es la *República de Pathos* (así se llama el país de tu libro) nuestra infernal Venezuela?

-Nuestro país es, según muchas personas, política y económicamente *infernal.* Para mí éste país es *un infierno filosófico.* Ello abarca todo: ni la población más «culta» tiene claro cuáles son los intereses que debe defender. Observa y calla en vez de intervenir, transformar o reparar la concupiscencia. La *República de Pathos* es, como su nombre lo indica, una «nación con patologías». Venezuela experimenta, como esa de mi invención, episodios en los cuales su destino está dictado por seres fachudos y psicópatas. Similar a Federico FLAVIOS, Luis MONTALVA o BIOY CEPEDA (varios de los personajes de *Aberraciones*), algunos de nuestros políticos están en extremo perturbados. Pese a ello, previo sufragio, logran representarnos jurídicamente ante el Estado.

-¿Por qué describes con tanto «horror» la condición humana?

-La existencia del Hombre sobre la Tierra ha estado signada –la Historia así lo advierte- por el «horror». La condición humana no es sino

una cualidad más abominable que la de los animales tenidos por irracionales. Porque, entre matar por instinto de supervivencia o motivos abstractos hay un enorme y demarcador surco. Cuando un individuo persigue a otro que no comparte sus opiniones, cuando no sólo lo caza sino que lo asesina u hostiga, no hace algo diferente a dar forma y vigencia al «horror». En mis textos, el «horror» no es «ficción»: es cotidianidad. El denominado «Ser Humano» no es sino un monstruo cuyo poder para ejecutar acciones aborrecibles aumenta con su inteligencia.

-¿Quién es el escritor Federico FLAVIOS de tu novela?

-Cualquier persona capaz de vivir sin freno. *Un demente.* Ese que destaca entre tantos tipejos que pueblan el Mundo con su fe por la «doble moral».

-¿No estarán descritos en *Aberraciones* ciertos intelectuales?

-En los ámbitos de intelectuales suele haber perversiones, tantas o más que en los políticos. Si no perjudicaran a inocentes, no importaría que tales se entregasen a sus fantasías. En mi trama está explícita la descomposición de

nuestra sociedad en general: esa en la cual la gente honorable no tiene la relevancia del rufián.

-Con frecuencia se dice que los novelistas son detectores de la descomposición de los países donde viven […] ¿Por qué –precisamente- ustedes?

-Porque somos grandes observadores, estudiosos y detractores de todo cuanto acaece. Me incluyo en el reducidísimo y disperso grupo de hacedores que mantiene una actitud dura y combativa frente a los corrompidos que representan al Estado. *Lo hago porque temo ver algún día abolida una democracia todavía salvable* […]

«[…] una nación se descompone filosóficamente cuando su destino depende de los corruptos, encubridores, soberbios, de los propulsores del dispendio, sectarismo e ignorancia: es decir, de los imbéciles con poder […]»

-¿Por qué en tu novela no hay soluciones?

-No fue concebida cual «antídoto» ante una enfermedad obviamente infecciosa.

-¿Recomendarías a un hijo [a] tuyo la lectura de un libro tan terrible como *Aberraciones*?

-Mi literatura no es para niños. Para adolescentes o adultos con cierta madurez intelectual. Tengo un hijo de once años que ha leído casi todos mis libros. En su colegio, allá en Barquisimeto, él escribió un cuento cruel probablemente influido por mis historias. Una de sus profesoras se preocupó. Le habían dado la tarea de elaborar una noticia y narró un extraño crimen. Aun cuando leyó mis libros contra mi voluntad, no creo que mis textos lo hayan atrofiado. Es un chico inteligente y reflexivo.

-No podemos leer tu libro sin sentir cierto asco. ¿Cómo te las arreglas para vivir con dignidad en un ambiente tan corrompido como el actual y que tú, de muchas formas, delatas?

-Evito convertirme en militante de un partido político y también a los ociosos que a ellos semejan. No puedo ser amigo de alguien que no realice alguna actividad civil. Detesto a los flojos, intrigantes e inútiles: a los viciosos y rufianes «con o sin frac»

-¿No te parece el juego intelectual un juego de «habilidades intrascendentes»?

-No debes generalizar. Los «poetastros», «literatotastros» o «literatofastros» sólo

dominan algunas parcelas de la *Burocracia Cultural.* No todo el «medio-ambiente intelectual» es presa de los habilidosos.

-¿Estás de acuerdo con quienes sostienen que la mayoría de nuestros escritores, sin dudas por falta de talento, acaban volviéndose serviles de agrupaciones políticas de moda?

-Con quienes adhieren a la tesis según la cual nuestros intelectuales tienden a volverse serviles de la «izquierda», fundamentalmente porque ha estado «de moda» en el curso de los últimos treinta años. Una «izquierda» que goza de cierta ascendencia en la *Burocracia Cultural Nacional,* entre los «socialdemócratas» y «socialcristianos» cuando están en el poder del mando. Bogo por la libertad intelectual de todos los habitantes del planeta.

--¿Te han ayudado la *Filosofía* y el *Psicoanálisis* en la confección de tus narraciones?

-Mis libros exhiben esas influencias. Eso lo han dicho varios críticos «serios». Tanto que «los otros», los «irresponsables», se han ensañado contra mí porque no entienden o rechazan que la literatura pueda no ser la descripción «mecánica» de ambientes «fatuos» y

«bucólicos». Lo «conjetural» fija las diferencias entre la formulación periodística y literaria.

-¿Te satisfizo moralmente la culminación de una novela como *Aberraciones*?

-Con ella desahogué todo cuanto opino del Hombre. Admito que hubo momentos en los cuales me sentía mal escribiéndola, pero, ulteriormente, me convencí que no es tan despreciable o absurda como la realidad.

-¿Es el *Ser Pensante* una persona acorralada en Venezuela?

-Los «seres pensantes» somos calificados como «peligrosos» para la estabilidad de una burocracia oficiosa e ineficaz. Ciertos individuos temen a lo que escribo cuando deberían estudiarme.

-Pero, también te han perseguido [...]

-Apoyándose en sus investiduras, me han preterido los cobardes. Como en las naciones democráticas el poder es efímero, un ejercicio temporal o episódico, pronto quien sitia u hostiga a otro por motivos ideológicos o morales termina en un hospicio.

-Por enfrentar a comunistas, muchos te señalan como subvencionado de la *Central de Inteligencia Americana* (CIA). Sin embargo, quienes te

conocemos sabemos que vives muy modestamente. ¿De cuál profunda convicción nace su rechazo al *Comunismo*)

-No nace –precisamente- del hecho de formar parte de la CIA. La «izquierda» venezolana y latinoamericana toda es tan idiota que acusa de funcionario de ese organismo a todos sus opositores. Respeto y justifico la existencia de la *Central de Inteligencia Americana.*

«[…] Me parece una organización importante y necesaria para la estabilidad de Democracia en el Mundo. Así como existe para la seguridad y defensa de los intereses de EEUU, igual la KGB para proteger y diseminar las ideas comunistas […]

«[…] El *Comunismo* que surge posterior al *Mutualismo proudhoniano:* es un sistema político-económico infantil, fantasioso, irresponsable. Un sueño custodiado por milicianos ávidos de cometer asesinatos. No soy anticomunista porque defienda millones de próceres impresos que no poseo, sino por pertenecer a la *Clase Social de los Hombres Libres* […]»

(En el diario *El Universal,* Caracas, el 15-11-1987)

-XI-

ALBERTO JIMENEZ URE

«PENSAMIENTOS DISPERSOS»

(1978-1987)



LOS «PENSAMIENTOS DISPERSOS» DE J. URE

(*Edición de la Gobernación del Edo. Mérida*, Venezuela, 1987)

«[…] *En mi imaginación no veía más que a Jesús crucificado con el rostro de nuestro pueblo, con sus vivencias de hambre y sufrimiento. Sentí un pecado de omisión y vergüenza al mismo tiempo* […]»

Por *Rafael PÉREZ CLAVIER*

El cerebro joven y lleno de frescura de Alberto JIMÉNEZ URE me hace recordar el agua no contaminada del riachuelo, exenta de impurezas, con la transparencia que permite ver en la profundidad el hilo de palabras o simplemente su pensamiento. Se necesita ser muy permeable y estar despojado de toda cobertura epiletial para advertir el «proceso reflexivo», la idea que vaga por la imaginación del autor y que la deja caer en forma de oración gramatical con fuerza lapidaria.

JIMÉNEZ URE desarrolla un estilo y forma que nos habla de culto y devoción por la escritura. En ella existe un acabado y pulitura muy característica y personal. El fondo y contenido del cofre de vocablos está cargado de una sinceridad y valentía envidiables. JIMÉNEZ URE practica «el corte anatómico de la sentencia», diseca la palabra, y se sitúa en palco propio, cual invitado de honor en un teatro: «[…] No somos sino (ci) viles, seres (profesos) propensos a la demencia: palco desde el cual el Mundo se viste con leyes, retórica y mitotesis tras fulleros llamados vigías […]» (En *El Universal,* Caracas, 22-02-1987)

Un sábado en la mañana, en la oficina de correos de Mérida, JIMÉNEZ URE me obsequió su libro *Pensamientos Dispersos,* con prólogo de J. M. BRICEÑO GUERRERO, pensador, filósofo, hilvanador de idiomas y rico tejedor de conceptos. Hombre de vasta cultura universal quien, al referirse a *Pensamientos Dispersos,* expresa sin ambages «[…] ha asumido con auténtica seriedad el oficio de escritor con todos sus gajes, peligros y martirios, de tal manera que reconozco, una vez más, la inutilidad de los

esquemas a la hora de la verdad y me veo forzado a declarar, sin ínfulas de juez, sin pedantería de evaluador, sin sabihondez de crítico, que observo con asombro, interés, admiración y simpatía la agonal dedicación de este joven al pensamiento y las letras esperando lo prometido por lo ya realizado desde un centro de conciencia ya luminoso que no será apagado por circunstancias hostiles ni por favorables […] Este final lo escribió BRICEÑO GUERRERO el 26-01-1988, un año antes del «Febrero Macabro», cuando no existía ni asomo del celaje de la centella con visos apocalípticos del «Movimiento Febrerista»

En *Semana Santa,* la misma de aquél lunes de cuaresma, fui analizando pensamiento por pensamiento y –como estación de viacrucis- me detuve en el XIII: «[…] Una nación es grande cuando se autoabastece y practica la Justicia Social. Miserable cuando, obsedidos por la ambición, sus habitantes se enfilan para conquistar otros pueblos […]» (En el diario *El Nacional,* el 28-02-1982)

Quien pensaría que –exactamente- siete años después ocurriría el desabastecimiento y los hechos bochornosos que afligieron nuestro espíritu, acontecimientos producto de la injusticia social por años. Sentía en mi corazón, en el viernes santo de dolor, a solas, la presencia testimonial de una «crucifixión». En mi imaginación no veía más que a Jesús crucificado con el rostro de nuestro pueblo, con sus vivencias de hambre y sufrimiento. Sentí un pecado de omisión y vergüenza al mismo tiempo. Repito: «[…] *Una nación es grande cuando se autoabastece y practica la Justicia Social* […]» Esa reflexión me hizo ver a Venezuela pequeña y disminuida de grandeza. Aquellos esfuerzos del Libertador no existían más; la obra portentosa echada abajo. Y continuemos celebrando «liturgias sin sentido sacramental» y ofrendando coronas con flores que al día siguiente se marchitan.

Vuelvo páginas atrás del libro *Pensamiento Dispersos,* de Alberto JIMÉNEZ URE: «[…] Promovemos el mundanismo, la reputación apresurada que otorga la persuasión política, el enriquecimiento ilícito, el culto a los mitos, las

supersticiones y el crimen cuando no exigimos castigos para los rufianes [...]» (En el diario *El Nacional,* el 18-02-1982) Es valiente y audaz en su pensamiento y en su pluma, desafía el ensayo y la opinión, trabaja la palabra y cultiva el Arte de Filosofar.

(En el diario *El Universal,* Caracas, el 04-06-1989)

«Hay un *Mega Monstruo* que siempre embosca a quienes arrogan investidos de infalibles bestias políticas ante naciones por ellos oprimidas» (Alberto JIMÉNEZ URE)

-XII-

EL PENSAMIENTO DE ALBERTO JIMÉNEZ URE: BREVE APROXIMACIÓN

«[…] Uno de sus mayores méritos precisamente radica en haber logrado que los extremos de dos de las búsquedas más universales, *Saber* y *Crear,* se toquen en una final síntesis, haciendo así, felizmente, presente la frase de Heráclito: *Uno y el Mismo* […]».

Por *Fernando BÁEZ*

Confieso que no deja de asombrarme la extraordinaria prosa de JIMÉNEZ URE. Una prosa en donde las palabras hieren como espinas y despiertan a bofetadas el pensamiento amodorrado, donde cada frase testimonia un paciente deseo de llegar al concepto, a la manera de un QUEVEDO, un GRACIÁN, un BORGES. Y es esta precisión, este rasgo tan peculiar, en verdad, el que le ha permitido acercar su obra a profundas fuentes

filosóficas, estableciéndose una necesaria cercanía que ha terminado por hacer de todo libro suyo no mera colección de adjetivos y sustantivos inocuos sino rigurosa manifestación de ideas, de continuas preocupaciones. Este, naturalmente, es el principal motivo que nos asombra a quienes lo leemos.

Recientemente publicó dos compilaciones que muy bien podrían confirmar o aumentar plenamente lo dicho: hablo de *Pensamientos Dispersos* (1988) y *Epitafios* (1990). Este artículo intentará desglosar, partiendo de estos trabajos mencionados, algunas de las reflexiones que conforman su pensamiento.

Primero, la *desilusión,* la terrible *desilusión* por los oscuros lados vulgares de la realidad. Ya en una entrevista del año 1987 se había declarado enemigo de nuestra tendencia a racionalizar acontecimientos verdaderamente irracionales: «[…] *La condición humana no es sino una cualidad más abominable que la de los animales tenidos por irracionales. Porque, entre matar por instinto de supervivencia y por motivos abstractos hay un enorme y demarcador surco* […]» (En el diario «El Universal», Caracas, el 15-11-1987)

A su vez, la visión pesimista que le caracteriza arranca de un claro *determinismo;* tal como lo físico necesariamente se corrompe, la sociedad asimismo decae. Es decir: lo más cotidiano en el hombre es su tendencia a aniquilar todo lo anteriormente construido.

Segundo, la *Libertad.* Valdría preguntarse cuál es el papel del hombre en una sociedad cuyo final ya está decidido, cómo el *Hombre* puede superar el límite natural de la corrupción. JIMÉNEZ URE comienza a responder la inquietud al escribir: «[…] *Un hombre se vuelve superior a otro cuando descubre que debe inquirir o cuando lo aprende (a inquirir)* […]» (En «Pensamientos Dispersos», XXX, p. 40)

La *Libertad del Hombre,* pues, reside en su pensamiento, en su posibilidad de renovarlo. Pensar es ser libre, pero debido a las innumerables trabas de quienes predican la *Libertad* y procuran ahogarnos bajo el peso de la abstracción que disimula lo criminal, esta actividad que nos enriquece salvándonos de lo mediocre resulta casi imposible. El *Hombre,* generalmente, prefiere claudicar, y, así, queda toda sociedad sometida al riesgo de corromperse aún más rápido.

Evidentemente, estas ideas despertaron y siguen despertando apasionadas polémicas, aunque hay que reconocer que ninguna alcanza las dimensiones de la levantada el día cuando J. URE decidió confesar (públicamente) «que es un pensador de derecha», como un conservador de los principales rasgos libres de cualquier sociedad democrática: «[…] *la disciplina social, la propiedad privada, la pública, el Estado de Derecho (entendido cual cúmulo de reglamentos para la convivencia pacífica), la libertad de crear empresas y el libre albedrío intelectual* […]» (En «Epitafios», XII, p. 18)

Y, al arraigo, a la fundamentación de éstas ya de por sí sólidas creencias, contribuyó más que nadie

Carlos RANGEL, el previsor RANGEL, cuyos ensayos, además, han sido cuidadosamente difundidos por Alberto. Encontramos, igualmente, las fuertes influencias ejercidas sobre él, producto de pacientes lecturas, por SCHOPENHAUER, BERKELEY, RUSSEL, CAMUS, PLATÓN y otros pocos filósofos ilustres.

En definitiva, la proximidad entre *Filosofía* y *Literatura,* elemento que constituía el propósito

probatorio de estas líneas, es algo innegable en su obra, hecho aún más constatable en sus dos últimas colecciones de pensamientos. Uno de sus mayores méritos precisamente radica en haber logrado que los extremos de dos de las búsquedas más universales, *Saber* y *Crear,* se toquen en una final síntesis, haciendo así, felizmente, presente la frase de Heráclito: «[…] *Uno y el Mismo* […]». Alberto JIMÉNEZ URE, desde un principio, se trazó cumplir en todas sus páginas con su propuesta esencial, que no es otra que la del *librepensamiento,* o, para decirlo mejor: un libro debe ser manantial de reflexiones y confirmación plena de la *Libertad,* y ha conseguido esto y lo sigue consiguiendo a diario, a través de sus columnas periodísticas, excelentes novelas, cuentos y poemas.

(En el diario *El Universal,* Caracas, 24-05-1990)

«[...] *A usted se le busca llamar con epítetos. Ya sea reaccionario o peligroso. Pero, no importa. Es preferible ser reaccionario, es preferible ser un hombre peligroso, preocupado por el bienestar general del país, que ser un imbécil vacío o un político tranquilo* (inepto, debí escribir aquí) [...]» (Fernando BÁEZ en carta enviada a JIMÉNEZ URE, en el mes de Enero de 1990)



-XIII-

SOBRE PENSAMIENTOS DISPERSOS Y EPITAFIOS (EPÍSTOLA ANALÍTICA)

(Ediciones de: la *Gobernación del Edo. Mérida,* Mérida, Venezuela, 1988, el primero / Y la *Asociación de Escritores de Venezuela,* Mérida, Venezuela, 1990, el segundo)

Por *Fernando BÁEZ*

Le escribo esta breve carta con el doble propósito de reiterarle mi admiración por su obra, y de agradecerle los libros que amablemente remitió a nuestro grupo *Nuevas Cumbres.*

La verdad, a mí, personalmente, no deja de asombrarme la manera con que maneja Ud. la prosa. La ha convertido en un instrumento totalmente propicio para expresar el *pensamiento* que, evidentemente, lo emparenta con la provecta tradición de un

Quevedo, un Gracián, Unamuno o un Borges. Igualmente quisiera felicitarlo por *Pensamientos Dispersos* y *Epitafios.* Dice Ud., en el prólogo de uno de ellos, en el primero en yo mencionar, que:

«[…] *Mucho he admirado y respetado a los verdaderos filósofos e infinitamente he deseado verme convertido en un pens*ador […]»

Ese deseo suyo está ya concretizado en sus anteriores obras, pero sobre todo en estas últimas. Resulta interesante esto de recopilar viejas ideas para mantenerlas frescas y dispuestas a nuevas reflexiones, y lo extraordinario proviene de la escasez de libros de esta especie en Venezuela. Mi mala memoria intenta, en vano, traerme ahora algunos antecedentes; no obstante, recuerdo ciertas páginas (casi olvidadas) de Juan Vicente GONZÁLEZ que aparecieron entre 1865 y 1866, en la antes famosa (hoy *infamada*) «Revista Literaria». GONZÁLEZ era el propio Director. De las

ideas de este escritor es posible extraer joyas, muchas de ellas tan frescas como el día en el cual fueron escritas. Así dice una:
«[…] *El castigo de los malos gobiernos es que se les cree peores de lo que son* […]». Otra, no menos política y social: «[…] *Ser capaz de respeto es hoy tan raro como ser digno* […]»
De un modo más íntegro, están conformados para mí sus libros *Pensamientos Dispersos* y *Epitafios:* ya que han puesto, cuidadosamente, las bases que permitirán iniciar una tendencia reflexiva en nuestro país. Mantener una actitud contraria es propia de determinados políticos (vulgar mayoría) y de nostálgicos «anarquistas», *desubicados mentales* o *activistas* de la «ultra-izquierda». Atacar el conocimiento siempre ha sido su principal objetivo, y esto (cosa que Ud. ya sabe) porque no pueden mantener sus posiciones, sino mientras la gente se

mantenga dentro de los límites de una ignorancia parecida a la que ellos ya tienen.
Ante los argumentos de Carlos RANGEL, no tuvieron otra salida que la de quemar –públicamente- la obra de este gran pensador. Y es curioso: los «amigos» de la «Libertad», de la «paz», cuando no tienen nada para confutar pruebas prácticas o teóricas, se refugian en acciones no distantes de las de un *loco peligroso* o de un *imbécil incurable.* Lamento que nuestra Universidad sea su principal fuente de municiones. Lamento que sea «la casa de la Razón» el hospicio de lo irracional. Pero, por supuesto, estas cosas van obliterándose gracias a fundamentos como los establecidos por Ud., y otros no muy alejados en el tiempo.
Apoyo su rechazo a la violencia revolucionaria comunista que destruye lo antiguo para no mejorarlo, sino para sumirlo en un sopor estéril. Los comunistas, en verdad, son un caso digno de las carcajadas

de un Zeus. Ellos se ufanan de contar con la llave maestra que nos hace comprender la historia de modo científico. Sin embargo, su ciencia (llamémosla así) no es fructífera. Estanca y se encierra en límites exageradamente estrechos. Son capaces de asesinar mil hombres para demostrar que cinco (ellos mismos) deben vivir felices. Y su método materialista es capaz de inventar mitos contra algún país o algún hombre si este no se pliega a sus lineamientos (...) A usted se le busca llamar con epítetos. Ya sea reaccionario o peligroso. Pero, no importa. Es preferible ser reaccionario, es preferible ser un hombre peligroso, preocupado por el bienestar general del país, que ser un imbécil vacío o un político tranquilo (inepto, debí escribir aquí)

Dejo aquí esta carta. Retomo mis palabras iniciales, y me despido lleno de un profundo agradecimiento por abrirnos Ud., a los que vendremos después, el camino hacia un país

más capaz de aportar *razones* y *sistemas filosóficos* que piedras o muertos por alcohol. Atentamente

(En Mérida, Venezuela, Enero de 1990)

SUMARIO

P/99

-XIII-

SOBRE PENSAMIENTOS DISPERSOS Y EPITAFIOS (EPÍSTOLA ANALÍTICA)

P/105